

consonni

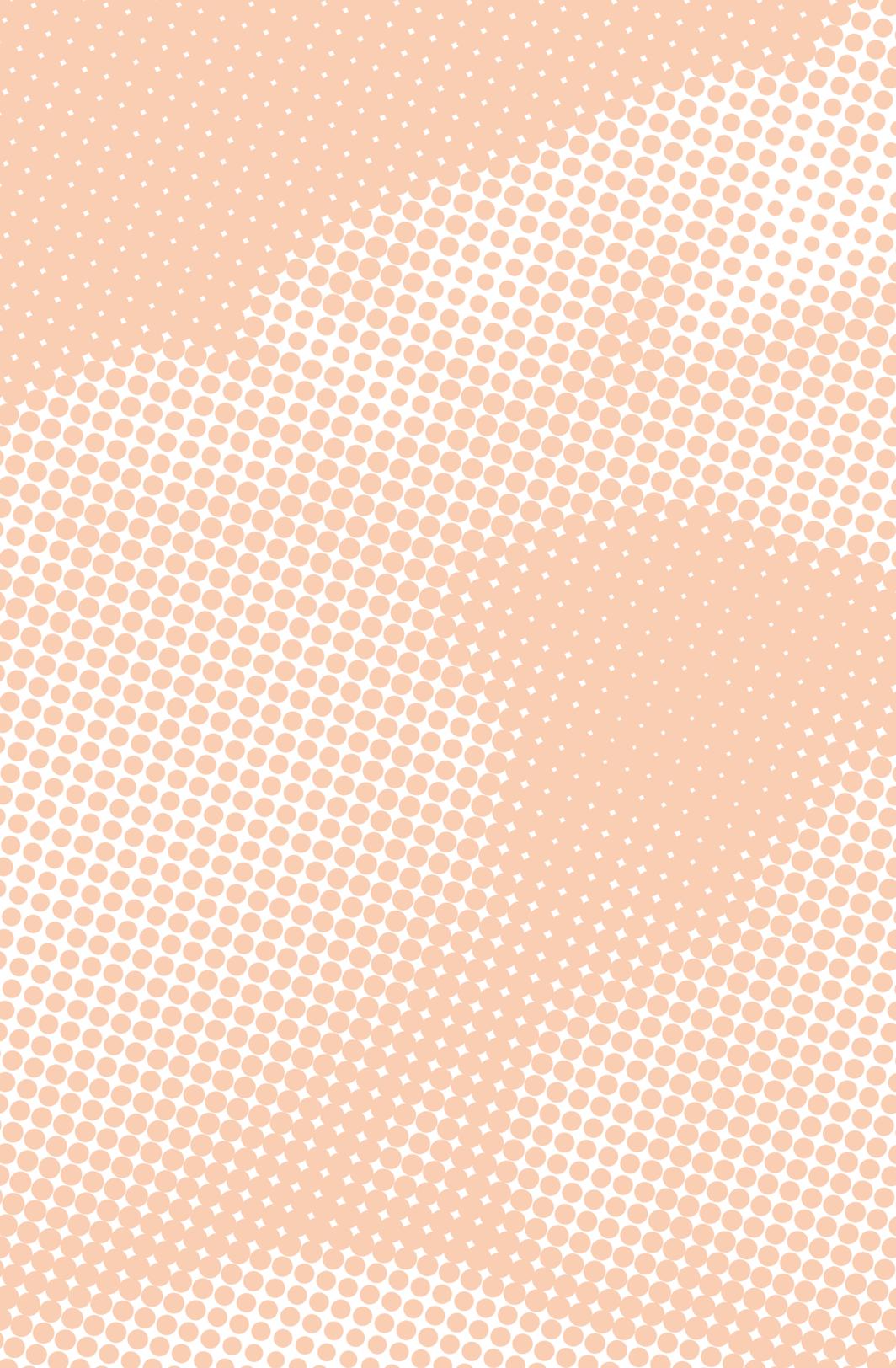
Marge Piercy

Mujer al borde del tiempo

TRADUCCIÓN DE
Helen Torres

FRAGMENTO
NO COMERCIALIZABLE





«Fascinante. Te atrapa y te emociona». —**The New York Times
Book Review**

«Una novela deslumbrante, incluso asombrosa... maravillosa e irresistible». —**Publishers Weekly**

«Es una escritora de calado que merece el tipo de atención especial que, con demasiada frecuencia, no recibe...».
—**Margaret Atwood**

«Genial... Marge Piercy es tan imaginativa como H.G. Wells, Isaac Asimov o cualquiera de los grandes escritores de literatura fantástica, pero también es una activista feroz y comprometida que quiere que seamos algo más que lectores pasivos... Te animo a que empieces a leer a Marge Piercy ahora mismo».
—**Gloria Steinem**

«Aquí hay alguien con las agallas para profundizar en lo más profundo de sí misma, en su tiempo y en su historia, y para arriesgarse más que nadie hasta ahora, solo por amor a la verdad y por la necesidad de contarla». —**Thomas Pynchon**

«La novela es un brillante y sobrecogedor alegato contra una sociedad en la que las personas más desfavorecidas son manipuladas por quienes están en el poder». —**Library Journal**

«Una de las novelistas más importantes de nuestro tiempo».
—**Erica Jong**

Mujer al borde del tiempo

Marge Piercy es autora de diecisiete novelas, diecinueve libros de poesía, cuatro de no ficción y una autobiografía aclamada por la crítica. Nacida en Detroit y formada en la Universidad de Michigan, ha recibido cuatro doctorados *honoris causa*. Ha participado activamente en gran parte de las batallas políticas progresistas más importantes de nuestro tiempo, incluyendo el movimiento contra la guerra de Vietnam y el movimiento feminista; de forma más reciente, ha participado activamente en la resistencia a la guerra de Irak. Piercy es elogiada como una de las pocas escritoras norteamericanas reconocidas tanto en poesía como en narrativa, y una de las poetas más vendidas en los EE. UU. También es experta en muchos géneros: novela histórica, ciencia ficción (ha sido galardonada con el Premio Arthur C. Clarke del Reino Unido), novela social y de entretenimiento. Ha dado clases y conferencias sobre su trabajo en más de quinientas universidades en todo el mundo.



Mujer al borde del tiempo

Marge Piercy

Traducción de Helen Torres

FRAGMENTO
NO COMERCIALIZABLE

consonni

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D,
48003 Bilbao.
www.consonni.org

Primera edición en español:
enero de 2020, Bilbao.

ISBN: 978-84-16205-54-7
Depósito legal: BI-1340-2019

Edición:

Woman on the edge of time, Marge Piercy

© 1976 by Marge Piercy

© 2020, de la traducción, Helen Torres

© 2020, de la edición, consonni

consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

Edición no comercializable. Fragmento con los primeros dos capítulos del libro. El libro al completo estará en librerías el 14 de enero del 2020

Índice

Introducción a la edición en inglés (2016) 11

UNO 17

DOS 49

TRES 81

CUATRO 109

CINCO 131

SEIS 145

SIETE 171

OCHO 191

NUEVE 221

DIEZ 259

ONCE 291

DOCE 319

TRECE 345

CATORCE 363

QUINCE 383

DIECISÉIS 401

DIECISIETE 431

DIECIOCHO 449

DIECINUEVE 483

VEINTE 499

Agradecimientos 505

Nota de la traductora 507

Introducción a la edición en inglés (2016)

¿Por qué escribir una novela como *Mujer al borde del tiempo* ambientada en el futuro? El objetivo de escribir sobre el futuro no es predecirlo; no intento ser Nostradamus. El objetivo de este tipo de relato es influir en el presente a través de la extrapolación de tendencias actuales, sean de avance o de retroceso. A nadie se le da realmente bien predecir. Si fuéramos mejores prediciendo lo que pasará dentro de un año, o de aquí a unos meses o unas semanas, nuestra tasa de divorcio sería igual a cero, no nos involucraríamos en relaciones estúpidas y nadie perdería dinero en la bolsa ni en las carreras. El objetivo de crear futuros es hacer que la gente pueda imaginar qué quiere y qué no quiere que pase, y quizás hacer algo al respecto.

Mujer al borde del tiempo se publicó por primera vez hace cuarenta años y empezó a gestarse tres años y medio antes. A principios de

los años setenta, había un gran fermento político y un gran optimismo entre quienes deseábamos un cambio, una sociedad más justa y más igualitaria, con más oportunidades para todas las personas, no solo para algunas.

Desde entonces, las desigualdades se han incrementado enormemente. Mientras escribo estas líneas, hay más personas pobres, hay más personas con dos o tres trabajos solo para ir tirando, más personas cuyos ahorros y cuyo futuro han sido eclipsados por problemas de salud o por haber perdido el trabajo. Hay personas sin hogar en todas partes, no solo el hombre o la mujer solos abandonados a su suerte o la vagabunda empujando un carro de supermercado, sino familias enteras con sus criaturas. Las hijas e hijos normales y corrientes tienen menos oportunidades de ir a universidades normales y corrientes; y si pueden ir, cargarán con grandes deudas durante el resto de sus vidas. La mayoría de los empleos que permiten a las personas tener una vivienda y la esperanza de una vida mejor para sus hijas e hijos han sido relocalizados fuera del país, donde personas más pobres que quienes están perdiendo sus puestos de trabajo trabajarán lo mismo por cuatro monedas. Los sindicatos que protegían a la clase trabajadora ya casi no tienen influencia y son cada vez menos representativos.

Cuando escribí esta novela, las mujeres estaban haciendo grandes avances en el control de sus cuerpos y sus vidas. No solo se ha perdido ese momento histórico, sino que muchos de los derechos que tan duramente trabajamos para conseguir nos son arrebatados por el Congreso y las legislaturas año tras año.

Pero también tenemos que entender que el intento de arrebatar el control de su cuerpo a una mujer es parte de un intento más amplio de arrebatar todo tipo de control real a la mayoría de la población. Hoy en día, las elecciones están controladas por las multinacionales y por ese uno por ciento que compone la población más rica. Hoy en día, los medios de comunicación son máquinas

propagandísticas y los únicos informes de investigación salen en HBO, Comedy Central o Internet.

Los grandes poderes han permitido ciertos logros sociales, pero no económicos. Pronto se habrán legalizado la marihuana y el matrimonio homosexual en todos los estados, pero los sindicatos están siendo diezmados y la red de seguridad del *New Deal* y la era Johnson está siendo desmantelada en cada ley, mientras las mujeres se ven forzadas a recurrir a los abortos ilegales que solían matar a tantas de ellas. Hemos alcanzado algunos logros sociales y muchas pérdidas económicas. El poder adquisitivo real de la clase trabajadora disminuye año tras año.

En el apogeo de la segunda ola del movimiento feminista, se crearon algunas utopías: *El hombre hembra*, de Joanna Russ; «Houston, Houston, ¿me recibe?», de James Tiptree Jr.; *Los desposeídos*, de Ursula K. Le Guin; «My Own Utopia» (incluida en *The Ascent of Woman*), de Elisabeth Mann Borgese, y *The Wanderground* y otros textos de Sally Miller Gearhart. Ahora ya no. ¿Por qué? Las utopías feministas nacieron del hambre de lo que no teníamos, en un momento en que el cambio no solo era posible sino también probable. Las utopías vinieron del deseo de imaginar una sociedad mejor, cuando nos atrevimos a soñarlo. Cuando consumimos nuestra energía política defendiendo derechos y proyectos ya conquistados que hoy están bajo amenaza, queda mucha menos energía para imaginar sociedades futuras plenamente detalladas en las que nos gustaría vivir.

Escribir sobre una comunidad fuerte que socializa a niños y niñas e integra a la gente mayor es una respuesta al hecho de que las mujeres vivan en una sociedad en la que muchas madres están solas con sus criaturas, que muchas veces dependen económicamente solo de ellas, y que trata a las mujeres mayores solo un poco mejor que a las mascotas que se ejecutan diariamente en perreras y refugios.

Cada vez nos alejamos más del contacto íntimo verdadero entre las personas. Muchos hombres prefieren la pornografía al sexo real, donde tienen que complacer a una mujer o al menos hacer ver que lo intentan. He leído mis poemas ante públicos en los que los estudiantes estaban enviando mensajes de texto en lugar de escuchar o reaccionar. Me he sentado en restaurantes a la mesa con «amistades» que estaban jugando con sus teléfonos o sus *tablets*. ¿Cuánta gente ven caminando por la calle a ciegas mientras habla con sus móviles? Según una encuesta reciente, mucha gente afirma hoy que sus amistades más íntimas son sus mascotas o personalidades de la televisión.

También he querido que la novela mostrara una sociedad ecológicamente sólida. Las vidas, las instituciones y los rituales de Mattapoissett ponen énfasis en que somos parte de la naturaleza y responsables del mundo natural. Para imaginar una buena sociedad, tomé prestados elementos de todos los movimientos progresistas de la época. Como la mayoría de las utopías de mujeres, *Mujer al borde del tiempo* es profundamente anarquista y tiene como objetivo reintegrar a las personas al mundo natural y eliminar las relaciones de poder. La familia nuclear casi no aparece en las utopías feministas y ha sido desterrada de esta novela.

Quizás la parte más controvertida de Mattapoissett es la incubadora, ya que muchas mujeres pueden no querer renunciar a la posibilidad de parir. Si volviera a escribir el libro, incluiría un grupo que hubiera decidido parir. En mis notas originales lo intenté, pero durante el largo y arduo proceso de escritura, nunca llegué a dar cuerpo a esa idea.

En lugar del estigma de la prostitución, proyecté una sociedad en la que el sexo era algo que estaba disponible, aceptado, libre de jerarquías... y completamente separado de los ingresos, el estatus social, el poder. Nada de mujeres trofeo, nada de estar en el armario, ni castigos ni ostracismo por preferir un tipo u otro de amante.

Ninguna necesidad de vender o comprar sexo. Ni de quedarse atascada como mi propia madre en un matrimonio sin amor solo para poder seguir adelante. En la distopía de *Mujer al borde del tiempo*, las mujeres son mercancía, están genéticamente modificadas y no tienen poder.

Antes de empezar la novela, leí toda la ciencia ficción utopista que cayó en mis manos, en parte para estudiar las estrategias narrativas que habían funcionado y las que eran demasiado estáticas como para atraer a lectores contemporáneos. También leí al menos la misma cantidad de novelas distópicas; o quizá más. La ciencia ficción de los años cincuenta estaba inundada de miserables mundos posnucleares y holocaustos, y pasé mi adolescencia leyendo una gran cantidad de esos relatos.

El otro género con el que trabajé fueron los viajes en el tiempo. Estaba harta de que los hombres blancos acaudalados monopolizaran ese campo, y no sentía que fueran precisamente el tipo de visitantes que yo querría en una sociedad del futuro realmente buena. Cuando era niña, me di cuenta por primera vez de que ni la historia, tal y como me la explicaban, ni los relatos que me contaban parecían llegar hasta mí. Empecé a arreglarlos. Me dedico a ello desde entonces. Necesitamos un pasado que nos lleve hasta aquí. De la misma manera, lo que imaginamos como objetivo define en gran parte lo que consideraremos acciones factibles dirigidas a producir el futuro que queremos y a evitar el que tememos.

Pude colarme de manera encubierta en instituciones psiquiátricas de la época gracias a personas que trabajaban allí, con el fin de poder experimentar las condiciones en esos lugares. Muchas personas arriesgaron sus trabajos por ayudarme. Hoy en día, los pacientes mentales son abandonados en las calles sin ningún tipo de apoyo. Aún administramos drogas, pero no ofrecemos suficiente orientación terapéutica, ni alojamientos seguros y cómodos. No ha habido una mejoría.

Siempre me ha interesado ver quién controla la tecnología de la sociedad en un momento determinado. ¿Quién decide que los tranvías y los trenes de pasajeros son obsoletos pero que los coches son importantísimos y nuestras ciudades deben construirse en torno a ellos como si fueran los habitantes primordiales? ¿Quién decide qué tecnología merece ser explorada? ¿Quién dicta las normas sobre lo que es peligroso y lo que es un riesgo asumible? ¿Quién decide que es importante que los contribuyentes subvencionen centrales nucleares pese a que no haya escapatoria posible para quienes viven en los alrededores cuando ocurra el accidente inevitable? ¿En beneficio de quién se deciden explorar determinadas opciones? ¿Quién decide qué se hace y a quién se hace? El modo en que se toman decisiones de manera justa e igualitaria fue uno de los temas de la novela.

También me interesan mucho los mecanismos interpersonales y socializadores de una sociedad. ¿Cómo se gestiona el conflicto? Una vez más, ¿quién decide, y sobre las cabezas y las espaldas de quiénes recaerán esas decisiones? ¿Cómo gestiona esa sociedad la alienación y la soledad? ¿Cómo gestiona el nacimiento, la crianza y el crecimiento, el aprendizaje, el sexo, hacer bebés, la enfermedad y la sanación, la muerte y la eliminación del cuerpo? ¿Cómo gestionamos la memoria colectiva –nuestra historia– que estamos constantemente reformulando?

La utopía nace del hambre de algo mejor, pero el motor que nos permite imaginar ese futuro es la esperanza. Mi deseo de concretar y dar vida a las ideas para mí más fructíferas de los movimientos por el cambio social: esa fue la génesis real de *Mujer al borde del tiempo*.

Marge Piercy

UNO

Connie se levantó de la mesa de la cocina y caminó lentamente hacia la puerta. Lo he visto o no lo he visto o sea que ahora sí que estoy loca de verdad, pensó.

—¡Soy yo, Dolly! —Su sobrina gritaba en el pasillo—. ¡Déjame entrar! ¡Vamos!

—*Momentito*¹.

Connie giró torpemente la cerradura y después el cerrojo de seguridad hasta que consiguió abrir la puerta de par en par. Dolly entró como una exhalación, la cara sangrando. Connie la cogió, intentando comprobar la gravedad de las heridas.

—*¿Qué pasa? ¿Quién te hizo esto?*

La sangre goteaba de los labios magullados de Dolly, que cogió un manojo de pañuelos de papel apelmazados, marrones de sangre

¹ Las palabras en cursiva están en español en el original, salvo los extranjerismos.

seca, y los manchó de rojo brillante con sangre fresca. Tenía el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón.

–Geraldo me golpeó.

Dolly dejó que le quitara el abrigo de invierno azul ribeteado de piel y dejó caer sus anchas caderas, enfundadas en pantalones rosa, en la silla de la cocina. Ahí Dolly se desmoronó y rompió a llorar. Connie la rodeó con torpeza por los hombros. Las manos le resbalaron sobre el satén de la blusa.

–La silla está caliente –dijo Dolly tras unos minutos–. Dame un pañuelo.

Connie trajo papel higiénico del lavabo que había en el pasillo –el único que tenía– y con sumo cuidado volvió a cerrar con llave la puerta del apartamento. Después echó un poco del café dominicano bueno, el que guardaba para momentos especiales, en el filtro de la cafetera y puso agua a hervir en una tetera.

–Hace frío aquí –gimoteó Dolly.

–Lo calentaré un poco. –Encendió el horno y los fogones de la cocina–. Pronto estará tan caliente como el invernadero en que transformas tu casa... ¿Te golpeó Geraldo?

Dolly abrió la boca por completo y la miró embobada.

–Luu... Luu...

Connie metió el dedo en la boca sangrante de Dolly tan suavemente como pudo. Se le erizó la piel.

Dolly se apartó de un tirón:

–Me rompió un diente, ¿no? ¡Chulo asqueroso! ¿Perderé un diente?

–Creo que tienes uno roto y puede que se te haya caído otro. No sé... No soy dentista. ¡Pero si todavía estás sangrando!

–Está loco, ¡ese cerdo! Me quiere joder la vida. Connie, ¿cómo es que no me dejabas entrar? Estuve gritando en el pasillo un montón.

–No fueron ni cinco minutos...

–Me pareció oír voces. ¿Hay alguien?

Dolly miró hacia la otra habitación, al dormitorio.

–¿Quién iba a estar? Tenía la tele encendida.

–Me duele tanto... Dame algo para el dolor.

–¿Una aspirina?

–¡Pero qué dices! ¡Esto duele de verdad!

–*Hija mía*, ¿cómo quieres que tenga algo? –Connie alzó las manos para mostrárselas vacías, siempre vacías.

–Esas pastillas que te dan, el Estado.

–Déjame que te ponga hielo.

Dolly la había escuchado hablando con Luciente: por tanto, él existía. O Dolly la había escuchado hablando consigo misma. Dolly había dicho que la silla estaba caliente: Connie estaba sentada en la otra silla, enfrente del plato con la cena de huevos y frijoles. No tenía que pensar en esto ahora, con Dolly sufriendo. ¡La historia de aquel hombre era increíble! No, no pienses en eso. Envolvió unos cubos de hielo en un trapo de la cocina y se los llevó a Dolly.

–Esa receta caducó hace un año.

Tampoco es que hubiera tomado los tranquilizantes. Había vendido las pastillas para conseguir algo de dinero extra, para comprar algo de cerdo o pollo una vez a la semana, y jabón de lavar. Le costaba creer que alguien pudiera tomar ese veneno voluntariamente, pero podías pasar cualquier tipo de pastilla en El Barrio. Sin embargo, estaba el incordio de tener que ir hasta Bellevue, ya que vivía cerca de lo de Dolly cuando le habían dado el alta y nunca consiguió que transfirieran su caso.

–¡Consuelo! –Dolly apoyó su mejilla hinchada en el hombro de Connie–. ¡Me duele todo! Tengo miedo. Me dio puñetazos en la barriga, me pegó bien fuerte.

–¿Por qué te quedas con él? ¿Qué tiene de bueno? Con tu hija, ¿por qué tener a semejante *cabrón* alrededor?

Dolly le devolvió una mirada burlona que parecía decir que le daba las gracias por cualquier tipo de comentario que ella pudiera hacer el resto de su vida sobre el bienestar de los niños; ¿o se lo imaginó?

–Consuelo, me siento tan mal. Me siento cada vez peor. Necesito acostarme un rato. ¡Ay! Si me hace perder este bebé, ¡lo mato!

Mientras arrastraba a su sobrina a la habitación, de pronto sintió miedo (o quizás esperanza), de que Luciente aún estuviera ahí. Pero la pequeña habitación solo albergaba su cama hundida en el centro, la silla con el despertador encima, la cómoda, la jarra de vino llena de flores secas y la ventana que daba al conducto de ventilación, cubierta a medias con unas viejas cortinas de épocas mejores. Desvistió a Dolly con ternura, como si fuera un bebé, pero su sobrina gruñía y maldecía y no paraba de llorar. La camisa de lunares satinada estaba regada en sangre, que se le había colado a través del sostén negro de satén con la pezonera recortada.

–Pero no manchará tu bonito sostén –prometió Connie mientras Dolly se lamentaba por sus ropas, su cuerpo, su piel. Los moretones ya habían empezado a coagularse bajo la aterciopelada piel del vientre de Dolly, en los suaves brazos, en la clavícula.

–¡Mira! ¿Tengo sangre en las bragas? Mira si me ha hecho sangrar ahí.

–No estás sangrando ahí, te lo prometo. Métete bajo las mantas. Oye, Dolly, ¡no es tan fácil perder un bebé! En el sexto mes, si te golpea, quizás. Pero en el segundo ese bebé está más protegido que tú. –Colocó el despertador en el suelo y se sentó en la silla ubicada junto a la cama, para coger la mano flácida de Dolly–. Escucha, tendría que llevarte a urgencias. Al Metropolitan.

–No me hagas ir a ninguna parte. Duele demasiado.

–Pueden darte algo para el dolor. Pediré un taxi pirata. Estamos a solo quince manzanas.

–Me da vergüenza. «¿Qué le ha pasado?»; «Oh, me ha golpeado mi chulo». Iré a mi propio dentista por la mañana. Me llevas en la mañana. A Otera, sobre el Canal. Lo llamas a las 9:30 y le dices que me atienda enseguida. Ahora sujétame el hielo sobre la mejilla.

–Dolly, ¿cómo sabes que Geraldo no vendrá aquí a por más?

—¡Consuelo! —dijo Dolly arrastrando las palabras—. ¡Sé buena! ¡No me zarandeas tú también! Estoy dolorida, quiero descansar. Sé amable conmigo. Dame un poco de *yerba*, está en mi bolso. Encima del paquete de cigarrillos.

—¡Dolly! ¡Estás loca! ¡Ir por ahí con la cara sangrando y droga en el bolso! ¿Y si te para la policía?

—Como si hubiera tenido tiempo de ordenar el bolso cuando me iba... Va, ¡alcánzame!

Mientras hurgaba en el gran bolso de charol de Dolly, fisgoneando torpemente en la cartera de otra mujer, escuchó unos fuertes pasos subiendo las escaleras. Hombres en apuros. Se detuvo congelada. ¿Por qué? Muchos hombres corrían escaleras arriba y abajo en el edificio durante toda la noche. Pero ella sabía quién era.

Geraldo aporreó la puerta. Connie se quedó inmóvil. En la habitación Dolly gemía y rompió a llorar otra vez.

Geraldo golpeó la puerta con más fuerza.

—¡Abre la puerta, vieja puta! Abre o la tiro abajo. Te reviento la cabeza. ¡Venga, abre la maldita puerta! —Se puso a dar golpes con tal fuerza que la madera se quebró y empezó a ceder.

Iba a tirarla abajo. Ella chilló:

—¡Espera, espera! ¡Voy!

Ni una puerta se abrió en el pasillo. Nadie salió a mirar. Connie abrió los cerrojos y dio unos pasos hacia atrás, antes de que él diera un portazo y la estampara contra la pared. Entró dando zancadas, aporreando la puerta como ella sabía que haría, seguido de un tipo escuálido, más mayor que él y vestido con un clásico sobretodo gris, y también con un corpulento *bato loco* al que llamaban Gomina y que ya había visto antes con Geraldo. Se apretujaron todos en la cocina y Geraldo cerró con violencia la puerta.

Geraldo era el novio de Dolly. Había pasado drogas y le había ido bien, había mantenido a Dolly y a la pequeña Nita, hija del matrimonio de Dolly. Pero ciertas restricciones en el tráfico

de drogas lo habían hecho mantenerse al margen después de que lo detuvieran, aunque al final no había cumplido condena. Ahora hacía trabajar a Dolly de prostituta, vendiendo su cuerpo a todos los hombres sucios de la ciudad. Tenía a otras tres chicas a las que probablemente había tenido trabajando todo el tiempo a escondidas. Con Dolly eran cuatro.

Connie lo odiaba. El odio que le tenía fluía por sus venas como jarabe eléctrico. El odio le encendió los nervios como un subidón de anfetaminas. Geraldo era un *grifo* de estatura mediana y piel clara, ojos grises, cabello crespo —*pelo de alambre*— que llevaba en un simétrico peinado afro. Era elegante. Cada vez que Connie se lastimaba la vista mirándole, estaba ataviado con algún traje nuevo de esplendor chulesco. Soñaba con quitarle una de sus anticuadas botas de tacón de piel de lagarto, lustrosas y pulidas, y encajársela en su garganta de mentiroso. Soñaba con arrancarle el gran anillo con un diamante gris del que tanto alardeaba por ser del mismo color que sus ojos, rebanarle la garganta y dejar que corriera su sangre envenenada.

—Tía Consuelo —canturreó—. *Caca de puta*. Vieja chingada. Quita tu maldito culo gordo de mi camino. ¡Muévete!

—¡Fuera de mi casa! Ya le has hecho suficiente daño. ¡Fuera!

—Como que no voy a hacerle daño a esa puta si no se comporta.

Con la parte trasera del brazo, atacando como una serpiente de cascabel, la empujó contra el fregadero. Después se aproximó al salón, bloqueando la puerta de la habitación. Se la pasaba actuando frente a fríos espejos, observándose, puliendo su apariencia.

—Ey, puta, deja de lloriquear. Te traje un médico.

—¿Qué clase de médico? —chilló Connie. Había esquivado su puñetazo y solo se había golpeado con el borde del fregadero. Se acobardó, agachándose un poco—. ¡Un carnicero! ¡Esa clase de médico!

—El manicomio te lo enseñó todo sobre médicos, ¿eh?

—¡Que la dejes en paz, Geraldo! Dolly quiere tener a tu bebé con toda su alma, puede quedarse conmigo.

—Sí, para que la cortes en pedazos, ¿eh, chiflada? Ahora para o Gomina te va a partir la boca.

Geraldo se recostó contra el marco de la puerta, encendió un cigarrillo y tiró la cerilla al suelo, donde se apagó lentamente, dejando un agujero negro en el linóleo gastado.

—Es hora de levantar vuelo. Traje un médico para que te arregle. ¡Arriba! ¡Muévete!

—¡No! ¡No quiero que me toque! Geraldo, ricura, ¡quiero este bebé!

—¿Pero qué mierda dices? ¿Crees que me mato chambeando para el bebé de algún otro idiota? Ni siquiera sabes de qué color es el gusano que tienes revolviéndose en tu barriga.

—¡Es tu bebé! Lo es. No tomé las píldoras en Puerto Rico.

—Mujer, has tenido tantos hombres dentro, que podrías tener un vagón entero del metro lleno de papis.

—En San Juan no tomé las píldoras, ¡ya te lo he dicho!

—¿Que me lo has dicho? No en esta vida, nena. ¿Qué estuviste haciendo cuando yo estaba ocupado en La Perla, eh? —Se quitó una pelusa del chaleco.

—¡No me quisiste llevar a conocer a tu familia!

Geraldo se había llevado a Dolly con él de vacaciones. Connie estaba convencida de que su sobrina había intentado quedarse embarazada, creyendo que así Geraldo le permitiría dejar de putear. Dolly quería tener otro bebé y quedarse en casa. Como figuras de papel, como figuras de cartón en la escena de un pesebre, una fantasía había empezado a brillar dentro de Connie desde su conversación con Dolly aquella mañana: ella y Dolly y los niños de Dolly vivirían juntos. Volvería a tener una familia, al fin.

Sería más cuidadosa y se portaría mejor que nunca y haría cualquier cosa, cualquier cosa para mantenerse unidas. Nunca tendría celos de su sobrina sin importar cuántos novios tuviera. Dolly podría pasar fuera de casa toda la noche, irse los fines de semana o incluso ir a Florida, y ella se quedaría con Nita y el bebé. Como si

alguien fuera a ser capaz de volver a dejarla sola con un bebé. El sueño era como una de esas muñecas de papel, las únicas que había tenido cuando niña, muñecas con cabellos rubios de papel y rasgos anglosajones y grandes sonrisas de papel. Saber en lo más profundo de su corazón de ceniza que el sueño era absurdo no lo hacía menos valioso. Toda alma necesita un poco de dulzura. Pensó en las barras de caña de azúcar que los niños compraban al hombre que vendía frutas y verduras. Dulce al paladar mientras las mordisqueabas, y después escupías los trocitos de tallo que se quedaban tirados en la calle. Huecos, endebles, dulces en la boca durante apenas un instante. Cañas con las que su abuela endulzaba el chocolate hacía mucho tiempo, allá en El Paso.

—¡Apaga esa maldita tetera! —le gritó Gerald, y Connie pegó un salto y apagó el fuego. El café que nunca había acabado de preparar. La tetera había hervido hasta quedar casi seca. Apagó el horno y los fogones porque ahora hacía un calor sofocante en sus dos pequeñas habitaciones. Cómo había saltado hasta la cocina cuando él había soltado esa orden seca y cortante. Se arrepentía de haberle obedecido automáticamente, sacudiéndose instintivamente ante el grito de una orden masculina.

Su belleza solo lo hacía más odioso. Su cara con los grandes ojos grises, la nariz ancha, su boca llena de crueldad, las manos como largas garras, el porte orgulloso: él era el hombre que había prostituido a su sobrina preferida, su pequeña, el chulo que golpeaba a Dolly y la vendía a los cerdos para que se vaciaran dentro de ella. Que había robado a Dolly y abofeteado a su hija Nita y que se había llevado el dinero exprimido de la contaminación de la carne de Dolly para pagarse unas botas de lagarto, cocaína y otras mujeres. Gerald era su padre, que la golpeaba cada semana cuando era pequeña. Su segundo marido, que la había enviado a urgencias con la sangre chorreando entre las piernas. Era El Muro, que la había violado y después la había apaleado porque ella no quiso mentir y

decir que le había gustado. Entonces había tenido la fuerza suficiente para salir corriendo, soltar amarras y huir. Al día siguiente había cogido el autobús de la tarde y se había marchado de su casa en Chicago, dejando a su padre y sus hermanas, a las tumbas de su madre y de su primer marido —el de verdad—, Martin. Dolly carecía de la ruda fortaleza que la había salvado a ella en aquel momento.

Pero Dolly tenía a Nita y a un bebé en el horno.

—*Fíjate*, Geraldo —chilló—. Está embarazada de tu bebé. Volvió así de San Juan. Le dije que estaba de encargo la primera vez que la vi, en cuanto llegó. ¿Qué clase de bestia eres para sacrificar a tu propio hijo con ese médico de perros?

Girándose, Geraldo le dio una trompada que la arrojó otra vez contra la cocina. El metal caliente le abrasó la espalda y Connie apretó fuertemente los labios, incapaz de gritar, incapaz de emitir un sonido por lo repentino del dolor. Se hundió en el suelo sin poder moverse o hablar.

—*Putá*, levántate y ven con el doctor Medias, o le digo que te lo haga ahora mismo en esa cama de bruja. ¡Muévete!

—¡No! ¡No!

Dolly se revolcaba en la cama, gritando y sollozando. Geraldo entró en el dormitorio, fuera del ángulo visual de Connie. Ella intentó rodar sobre sus pies. El escuálido médico estaba sentado en el borde de una silla de la cocina. Tendría unos cincuenta años. Sus ropas eran nuevas y clásicas, su comportamiento tenso, y no paraba de dar golpes en el suelo con el pie. Gomina estaba recostado contra la puerta de entrada, fumando un porro y sonriendo.

Connie preguntó en español:

—¿Eres médico de verdad?

—Por supuesto.

No la miró pero le respondió en voz tan baja como había hablado ella. Al escuchar su acento, ella frunció el ceño.

—¿Dónde eres médico? —Se giró sobre un codo intentando levantar

tarse—. Me duele la espalda, se ha quemado duro. Eres mexicano.

—¿Y a ti qué?

—¿De dónde eres?

—Ciudad de México.

—No. De Chihuahua, ¿no?

—Déjame en paz, mujer. Estás buscando problemas.

—¿De ti? Ya tienes suficientes problemas. Practicar la medicina sin licencia. ¿Por qué quieres hacernos daño? Mis padres también son de Chihuahua.

—¡Chihuahua puede hundirse en un pozo!

—El padre de mi sobrina es un hombre de negocios en Nueva Jersey. Tiene un gran negocio de viveros. ¿Te lo ha dicho ese chulo apestoso? Si ustedes le hacen esa cosa, su padre es el que te dará problemas, esa es la verdad.

Dolly soltó un largo y terrorífico gemido que taladró el cerebro de Connie. No había escuchado un grito tan desesperado desde que estaba en el manicomio. Geraldo llamó al doctor Medias. Medias se levantó lentamente y buscó a tientas el bolso que había dejado al lado de la silla. Connie se puso de pie ayudándose con la pata de la mesa, le dio una patada en la espinilla tan fuerte como pudo y corrió al dormitorio. ¡Tenía que detenerlos!

Dolly sangraba por la boca otra vez. La sangre corría a chorros sobre la bata deshilachada con la que la había vestido, sobre la almohada. Dolly intentaba librarse de Geraldo, que la mantenía inmovilizada. ¡Iba a matarla! Con su perfidia mataría a Dolly y también a su bebé. Dolly moriría desangrada en esa cama.

Connie cogió una botella del rincón, la botella de vino que en su día contuvo borgoña de California y que ahora albergaba flores y hierbas secas, de aquella rara ocasión en que fue de picnic con Dolly, Nita, Luis (su hermano y el padre de Dolly) y su familia del momento. Agitó el jarrón y las nostálgicas hierbas se esparcieron. Después corrió hacia Geraldo, que no tuvo tiempo de soltar a Dolly para

defenderse. Le reventó la botella de vino en plena cara. La nariz se le aplastó como un bicho machacado contra el parabrisas. Se cayó contra la pared, vociferando con el lenguaje de la rabia. Connie alzó el jarrón para darle otra vez, pero le cogieron los brazos por detrás. Se giró. Alguien le dio un fuerte golpe en la nuca. Intentó darse la vuelta, pero el puño volvió a alcanzarla y se desvaneció.

Yacía sobre una cama atada con correas, mirando fijamente una bombilla desnuda, las venas inundadas de drogas. ¿Thorazine? O algo peor, más fuerte. Una dosis descomunal. Los tranquilizantes del hospital la golpeaban como una excavadora cuando hacía mucho que no tomaba nada. ¿Prolixin? Cada vez que se hundía en la inconsciencia, la torturaban las abrazaderas que tenía sobre las caderas, los pechos. Estaba atrapada en un fuego en su antiguo departamento de Chicago. Las llamas le lamían la piel. Los pulmones se le llenaban de humo asfixiante. Intentó una y otra vez quitarse algo que se le había caído encima, escapar. No podía moverse.

Le dolía todo el cuerpo. Le dolía la cabeza. Geraldo y su carnal Gomina la habían golpeado dos veces: la primera justo después de que ella le rompiera la nariz a Geraldo, y la segunda de camino a Bellevue en el coche de Geraldo. Le dolía intensamente el costado derecho y sospechaba que como mínimo tenía un par de costillas rotas. Probablemente Geraldo la había pateado cuando estaba tirada en el suelo. En el coche había vuelto en sí y él se había puesto a darle puñetazos otra vez en la cara, en el pecho, en los brazos. La había golpeado hasta que Dolly le imploró que parara y rompió a llorar y le amenazó con saltar del coche.

Cada vez que respiraba era como si le clavaran puñaladas. ¿Cómo podía conseguir que el hospital le hiciera una radiografía para comprobar si tenía una costilla rota? Hasta el momento nadie había escuchado una palabra de lo que había dicho, lo que por supuesto era habitual. Geraldo era tan condenadamente listo: traerla a Bellevue,

por ejemplo, en lugar de al Metropolitan, en la 96. Bellevue tenía antecedentes suyos. Él les había hecho creer que Connie les había atacado a Dolly y a él en el departamento de Dolly, en Rivington. Geraldo no se iba a arriesgar a que no la ingresaran por loca.

El médico ni siquiera la había entrevistado, sino que había hablado exclusivamente con Geraldo, intercambiando solo una o dos palabras con Dolly. Geraldo tenía a Dolly cogida por el codo, con la cara todavía hinchada. Su sobrina había mentido. Dolly la había vendido al Bellevue, ¿y para qué? ¿Por su propio pellejo, ya contaminado? ¿Por la nariz de su preciado chulo? ¿Por la oportunidad de chingar con más clientes? ¿Cómo pudo Dolly estar ahí sentada, gimiendo, y asentir cuando el médico le había preguntado si Connie le había hecho eso en la cara?

Connie se contorsionó de dolor en la cama, a la que estaba sujeta con el margen justo para poder retorcerse. La habían inmovilizado a la fuerza y la habían chutado enseguida. ¡Vale, había estado gritando! ¿Creían que tenías que estar loca para protestar cuando te encerraban? Sí, así era. Decían que la reticencia a la hospitalización era un signo de enfermedad, dando por sentado que estabas enferma, en uno de esos círculos viciosos. La última vez no había luchado; había venido voluntariamente con la trabajadora social, creyéndose su enfermedad. Había venido humildemente, contaminada de autodesprecio, harta de estar viva.

La pantorrilla izquierda se le empezó a acalambrar. Quería aullar de dolor. Anhelaba presionar con fuerza la pantorrilla entre las manos. La bola dura de músculo se puso rígida. Si chillaba, probablemente no la liberarían nunca de la inmovilización forzada. Se habían olvidado de ella, encerrada en ese cuarto de la limpieza hasta que muriera de hambre. Se había meado encima. ¿Qué podía hacer? Ahora yacía sobre su propia inmundicia húmeda. Al principio fría, asquerosamente fría, ahora cálida gracias a su cuerpo. Y apestosa.

Giró la cabeza, estirando el cuello para ver la rendija de la puerta. Amplia y baja, como una boca. Si al menos viera a alguna auxiliar de enfermería pasando por ahí, podría hacerle una señal. La espalda le supuraba entre los omóplatos, donde se había quemado con la cocina. Los dos camilleros la habían inmovilizado con esmero, la inyección había entrado en sus venas como plomo fundido. Habían plegado unas sábanas aún calientes de la lavandería: vuelta, vuelta, golpe, pliegue. El proceso ya había empezado. La auxiliar de la entrada había sostenido por una esquina su ajada cartera roja de plástico, enmendada con cinta adhesiva, sujetándola como si fuera algo sucio, basura encontrada en la calle. La mujer había desplegado sus frágiles pertenencias sobre el mostrador distraídamente y, como si vaciara un cenicero, las había arrojado dentro de un sobre para guardarlas aparte.

Su cartera, sus llaves, el arrugado papel marrón en el que había estado calculando su presupuesto de abril, su recibo del alquiler, el bolígrafo con el nombre de la empresa que había encontrado en el metro, su peine negro de plástico, su vieja polvera que tanto adoraba con la figura en relieve de un pavo real, que le había regalado Claud por su cumpleaños, seleccionando el «aspecto» del diseño con sus dedos sensibles, su pintalabios rojo de la tienda de cinco centavos que solo usaba en las grandes ocasiones, reservándolo para cuando se gastara del todo y no tuviera dinero para otro; a menos que Dolly le regalara un pintalabios. ¡Dolly! Que la había traicionado. Abandonado. Vendido como esclava. En el mostrador le habían quitado sus carnés de identidad: el de la asistencia social; el del médico; el de la biblioteca; fotos de Dolly con Nita, de Angelina cuando era un bebé, al cumplir un año de la mano de su padre, Eddie, a los dos años con ella, a los tres cogida de la mano de Claud con esa sonrisa como una canoa, igual que como dibujaba las bocas. No había fotos de Angelina a los cuatro años, o a partir de entonces.

¿Podría Angelina, a través del vínculo de sangre –ese fantasmal cordón umbilical–, sentir el tormento de su madre desde Larchmont o Scarsdale? Le dolían muchísimo la espalda y la pantorrilla; la cara le palpataba; la costilla la apuñalaba en cada respiración; tenía un hombro herido, pues Geraldó le había torcido el brazo en el asiento trasero del coche hasta que pensó que se quebraría. Tenía la lengua hinchada y la boca llena de sangre como la había tenido Dolly. Un sabor fétido: el de ella misma. El olor de su propio pis le alcanzó los orificios de la nariz. Empezó a llorar. Entonces se atragantó con sus lágrimas y se detuvo aterrorizada. No podía sonarse la nariz. Las lágrimas le caían dentro de la boca. Estaba amarrada como un ave en un día festivo, lista para meterla al horno.

Ese médico. ¿Cómo se llamaba? Bastante joven, con el cabello castaño fino y delicado, peinado hacia atrás, ni corto ni largo. No dejaba de bostezar o de intentar suprimir los bostezos, de manera tal que los músculos de las mandíbulas se le flexionaban de un modo extraño mientras le hacía preguntas a Geraldó y completaba el formulario de ingreso. Geraldó actuaba de manera muy recatada. Tenía buena mano con la autoridad, como correspondía a un buen chulo, respetuoso pero seguro de sí mismo. De hombre a hombre, chulo y médico comentaban su condición mientras Dolly sollozaba. El médico solo le preguntó su nombre y la fecha. Al principio, Connie dijo que era el día catorce y después dijo el quince, pensando que debía ser pasada la medianoche. No tenía idea de cuánto tiempo había estado inconsciente.

–Escúcheme, doctor, ¡a mi sobrina no le pegué! Llévesela a una habitación aparte, lejos de él, y pregúntele si la golpeé. ¡Él fue quien le pegó!

El doctor siguió escribiendo notas en el formulario. Connie era un cuerpo registrado en la morgue, carne para poner sobre la balanza.

Intentó explicarle a la enfermera que le puso la inyección, a los camilleros que la ataron a la camilla, que era inocente, que tenía una

costilla rota, que Geraldo la había apaleado. Era como si hablara otro idioma, ese idioma que el amigo de Claud había aprendido y que nadie hablaba: yoruba. Actuaban como si no pudieran oírte. Si te quejabas, lo tomaban como un signo de enfermedad. «La autoridad del médico se ve cuestionada si el paciente se atreve a emitir una declaración de diagnóstico», había escuchado a un médico decir a un residente, enseñándole a no escuchar a los pacientes. Había pasado por eso la última vez que había estado aquí, cuando había venido con dolor de muelas. Al final, cuando la enfermera y las auxiliares dejaron de interpretar sus quejas como parte de su «patrón de comportamiento enfermizo», se había transformado en un absceso enorme.

Tonta, pobre tonta que se había dejado volver a encerrar. Había saltado al fuego. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué?

Aun yaciendo en una contemplación forzada, encontró esa rabia intacta brillando en su interior. Odiaba a Geraldo y hacía bien. Atacarle había sido muy distinto a transformar su rabia, su pena o la pérdida de Claud, en autodesprecio, en anfetaminas y tranquilizantes, en entregarse a la bebida, al vino, en verse a sí misma en Angelina y abusar de ese ser renacido en este sucio mundo. Sí, esta vez era diferente. Había atacado a alguien que no era ella misma, ni ella misma dentro de otro ser, sino a Geraldo, el enemigo. No se había equivocado al intentar defender a Dolly, la persona más cercana a ella ahora, su sangre, casi su hija. ¿Cómo iba a permitir que Geraldo descuartizara a Dolly? Le había destrozado la nariz, sí; a pesar de todo su dolor, sonrió al ver ese momento. Le había destrozado la nariz y nunca volvería a verse como antes. La última vez que había estado ingresada había aceptado la condena de la enfermedad, la carga del pesado juicio que ellos dictaban y que ella debía reverenciar. Esta vez no estaba avergonzada. Saldría pronto. Estaría claramente capacitada, sana, íntegra.

¿Cuánto tiempo había permanecido atada a la cama? No distinguía el día de la noche. Se habían olvidado de ella y moriría aquí,

en su propio pis. Por momentos no podía soportarlo más y chillaba tan fuerte como podía y clamaba que se abrieran las paredes. Los momentos duraban siglos. Estaba rabiosa. Las drogas hacían que su mente se volviera extraña. La habían cazado, la habían paralizado. Flotaba atrapada como un embrión en alcohol, esa cosa horrible que tenía la gente de Derecho a la Vida en aquella furgoneta estacionada en la calle. La habían atrapado en un momento desprendido del tiempo y que no terminaría nunca, no se acabaría nunca. Estaba fuera de sí. Sí, ahora estaba loca. Cómo podía dudarle, mojada, recostada sobre su propio pis mientras su cuerpo gritaba y la droga la volvía espesa como el plomo.

Por momentos caía en una duermevela caliente, bochornosa, y en otros el dolor de la espalda o la costilla o la boca la desgarraba a través del sueño y se despertaba enloquecida de pena y llanto. «Por favor, por favor, por favor vengan. Por favor, déjenme ir. Alguien. ¡Por favor!». No llegaba ninguna respuesta. Era una locura. Llorar y gritar y maldecir y chillar no servía para nada. Se estaba adormilando en ese sueño febril sin descanso ni alivio, cuando la puerta se abrió de par en par. Dos auxiliares entraron y la desataron.

Se arrojó hacia adelante, débil como un hilo. Podía ver en sus caras asco, aburrimiento. Olía mal. ¡Apestaba! La arrastraron por el pasillo como un saco de basura y no prestaron ninguna atención a lo que intentaba decirles.

—Por favor, les ruego que me escuchen. Me golpearon antes de que me trajeran aquí. ¡Me duele mucho la costilla! ¡Por favor, escuchen!

—Entonces yo le dije, a ti te va bien. Tú no tienes que tratar con esos animales todo el día. —La mujer era una robusta rubia teñida que hablaba con un leve acento centroeuropeo—. Lo único que haces es venir dos días y echar unas partidas con los mejores. Para ti es fácil hacer comentarios.

—Los de terapia ocupacional lo tienen fácil. —La otra mujer medía un metro ochenta, era fornida y negra—. Más claro, agua. Es

que no vivimos bien, Annette. Aquí no somos más que fuerza bruta.

—Pero Byrd me molesta. Es una mosquita muerta. Ya sabes, vive con un hombre con el que no está casada. Vive con él abiertamente en un departamento en Chelsea.

—Mmmm. —La mujer negra tenía la mirada insípida, evasiva—. Vamos, a la bañera, chalada —le dijo a Connie desde arriba. Comenzaron a quitarle la ropa.

—Puedo desvestirme sola.

—¡Uy, uy, uy, madre mía! ¡Qué desastre! ¡Esta saltó por la ventana o qué?

—Me golpearon. Un chulo. Pero no mío —agregó rápidamente—. Estaba golpeando a mi sobrina. Es él quien me trajo aquí.

—¿En qué lío te has metido? —inquirió la auxiliar negra, empujándola a la ducha como si fuera un perro al que hay que bañar—. ¡Bonitos moretones tienes!

—Olerá mejor cuando salga. Me pregunto cómo pueden vivir así, sin lavarse nunca. Pero es lo que pasa cuando estás enferma —dijo la rubia con altivez—. A lo mejor estuvo durmiendo en la calle, en los portales. A veces los veo por ahí.

Quería gritarles que se lavaba tan a menudo como ellas, que eran ellos quienes la habían hecho oler mal, quienes habían hecho que se ensuciara. Pero no se atrevió. En primer lugar, no escucharían; y, en segundo lugar, podían hacerle daño. ¿A quién le iba a importar?

Como sus ropas apestaban, le dieron un pijama azul tres tallas más grande y una bata de color indefinido. Mala suerte que la hubieran forzado a aislamiento nada más llegar. Si simplemente hubiera entrado en el pabellón por su propia cuenta, habría podido conservar su ropa de calle y más cosas. Aquí un pedazo de papel, un libro, un pañuelo, un trocito de lápiz, una horquilla para el pelo eran objetos de un valor tanpreciado que afuera sería inconcebible, tesoros irremplazables.

Se vio a sí misma caminando de un modo extraño, no solo por los moretones... ¡Ah! Aquella manera que tenía el Thorazine de hacerte andar como un zombi. Ya no podía moverse con rapidez, con gracia, a pesar de lo rellenita que estaba. La auxiliar negra la llevó a la sala de día, una habitación grande y lúgubre ubicada entre el ala de los hombres y la de las mujeres, justo al costado de la puerta cerrada con llave que daba al pasillo y los ascensores. Miró a su alrededor lentamente. Alcanzó a ver un reloj mientras la llevaban a la sala y supo que eran las once de la mañana. No tenía hambre, a pesar de no haber probado bocado desde hacía mucho tiempo. La droga mataba el apetito, la hacía sentir vacía, débil, pero no hambrienta. La costilla la mataba de dolor. Sospechaba que tenía fiebre, y probablemente era así. No podía hacer nada. Su única esperanza era pillar a un médico en mitad de su fugaz ronda por el pabellón o convencer a alguna auxiliar de que realmente necesitaba atención médica. Luego la auxiliar se lo diría a un médico. Necesitaría días para conseguir ese tipo de relación con una auxiliar, y para entonces ya habría muerto.

Qué caluroso era el pabellón. Un calor vaporoso salía de los viejos radiadores encendidos al máximo. Se tocó la pulsera de plástico identificativa que le habían sellado en la muñeca. Había mujeres con ropa de calle o ropa del hospital sentadas con la mirada perdida a lo largo de las paredes, o mirando fijamente el televisor colocado en un estante al que nadie podía acceder para cambiar el canal o el volumen. Había menos internas que cuando había estado la otra vez, muchas menos. Justo frente a ella, dos mujeres de edad avanzada conversaban animadamente con un marcado acento judío de Brooklyn como si fueran dos marujas chismorreando en un banco de la plaza, en lugar de dos locas en los bancos de plástico de un hospital psiquiátrico. Probablemente solo eran ancianas, no locas. A sus pies una chica joven yacía inmóvil, tapándose la cara con las manos como si fuera un perro echándose una siesta. Había muchas menos ancianas esta vez. ¿Habría un nuevo cubo de basura para las viejas?

Sentados a una mesa de juego, cuatro hombres puertorriqueños jugaban al dominó con trocitos de papel, a cámara lenta por estar fuertemente drogados, como todos los demás. El juego parecía transcurrir bajo el agua. Un niño de unos ocho o nueve años estaba sentado cerca de ellos metiéndose los dedos en la nariz a esa misma cámara lenta, y en su carita había una mirada tan vacía y desesperanzada que tuvo que apartar la vista. La mayoría de las mujeres estaban sentadas en sillas de plástico enganchadas en hileras de a cuatro contra la pared, pero había más mujeres que sillas. A pesar de que algunas personas eran viejas, otras niñas, otras negras, o morenas, o blancas, todas se veían más o menos iguales y parecían tener la misma expresión. Sabía que en poco tiempo este pabellón, como todos los demás en los que había estado, estaría poblado de fuertes personalidades, una red de romances y pleitos y estrategias de supervivencia. Se sintió agotada de antemano. ¿Quién necesitaba que la instalaran en este desolado limbo para intentar sobrevivir con todas las posibilidades en contra? Ella ya había tenido suficientes problemas, ¡más que suficientes!

—¡A comer, señoras, a comer! ¡A la cola! ¡Vamos, muevan esos culos, señoras!

El comedor estaba situado en un recodo del pasillo dentro del mismo pabellón. Iban de un lado a otro, de arriba abajo en el espacio confinado del baño sin puertas al comedor, de la sala de aislamiento (que aquí llamaban salas de tratamiento) a los dormitorios, de los dormitorios a la sala de día.

El almuerzo consistía en un estofado gris y una ensalada institucional de apio y pasas de uva dentro de una gelatina de naranja. La comida no tenía ningún sabor salvo el dulce de la gelatina, y tuvo que comerlo todo con una cuchara de plástico. Al menos era comida que no tendría que masticar en su boca sanguinolenta. Los tropezones del estofado eran blandos, restos gomosos y desechos flotantes como restos de un naufragio en un pegamento tibio. Intentó pensar cómo salir de allí, pero su mente era un lodazal.

El almuerzo acabó en quince minutos y luego estaban otra vez en la sala de día, deambulando antes de hacer cola para la medicación. Necesitaba tener la mente clara para tramar cómo salir de allí. Los efectos de la inyección aún no se habían disipado. Entonces su rostro se quedó rígido al ver la taza de papel con las pastillas. *Gracias, gracias*. Era fácil deshacerse de una pastilla, pero no del líquido, que había que tragárselo en el momento. La deslizó debajo de la lengua, tragó el agua y se sentó en una silla anaranjada. No era sensato ir corriendo de cabeza al baño para escupir la pastilla. La mantuvo debajo de la lengua hasta que se derritió la cobertura y empezó a sentir el amargor de la droga.

La hora de visitas era después de media tarde. Sintió una dolorosa punzada de esperanza cuando la auxiliar vino a decirle que tenía una visita. ¡Dolly!

Dolly estaba muy maquillada. No llevaba el abrigo con cuello de piel, sino aquel viejo abrigo rojo con cinturón que Connie recordaba de cuando Dolly se había casado, preñada de Nita.

—¡Dolly, sácame de aquí!

—Querida, todavía no puedo. Ten un poco de paciencia. A mediados de la semana que viene.

—¡Dolly, *por favor!* No puedo vivir en este hoyo. Hija mía, ¡ayúdame!

Dolly prefirió contestar en inglés.

—Son solo un par de días, Connie. No como la última vez.

Estaba recordándole educadamente que estar encerrada en un manicomio era algo a lo que ella debería haberse acostumbrado.

—Dolly, ¿cómo has podido decir que te pegué? ¿Pegarte? ¿Yo?

—Fue Geraldo, él me obligó.

Bajó la voz.

—¿Te has hecho la operación?

—Voy al hospital el lunes. —Dolly se arregló el pelo—. Lo convencí para que no me lo hiciera ese carnicero. Cuesta mucho dinero, pero será una operación de hospital de verdad. No con ese carnicero que

se lo hace barato a todas las putas. –Dolly habló con orgullo.

Connie se encogió de hombros, la boca hundida.

–Podrías irte de la ciudad.

–Papá tampoco me dejará tener el bebé, ese viejo... –Dolly se quitó un trozo de cutícula, arruinando la suave línea del esmalte carmín–. Ya se lo he preguntado. Dice que se lava las manos en lo que a mí respecta. Escucha, Connie: si me hago la operación, Gerardo me ha prometido que puedo dejar el negocio. Que se casará conmigo. Celebraremos una boda de verdad el mes que viene, en cuanto me haya recuperado de la operación. Así que ya ves, todo se está arreglando. Es cuestión de una semana.

–Por favor, Dolly, sácame antes de hacerte la operación. ¡Por favor! No puedo soportar estar aquí.

–No puedo –negó Dolly con la cabeza–. Le rompiste la nariz de verdad. ¡Lo van a tener que operar! Costará una fortuna, Consuelo. Está horrible con esas vendas que le tapan toda la nariz, ¡parece un pájaro! ¡Parece un águila loca con ese pico en medio de la cara! –Dolly empezó a reír, cubriéndose la boca con la mano.

Connie sonrió apenada:

–¡Me alegra haberlo golpeado!

–Bueno.... –Dolly volteó los ojos hacia arriba–. Supongo que podrán arreglarlo con una cirugía plástica. ¡Lo aporreaste de verdad! *Mamá*, ¡cómo le diste con esa botella de vino! Pensé que te mataba.

–Ojalá lo hubiera matado yo a él –dijo Connie muy, muy bajo–. ¿Cómo puedes preocuparte por él cuando todavía tienes la cara hinchada de los golpes que te dio?

–Es mi hombre –dijo Dolly, encogiéndose de hombros–. ¿Qué quieres que haga?

–Escucha, ¿puedes traerme algo de ropa y cosas aquí antes de tu operación? –Cuando estés bloqueada, maniobra para sobrevivir. La primera regla de la vida allí dentro.

–Claro. ¿Qué quieres? Te lo traigo mañana, más o menos a esta hora.

Cuando Dolly se marchó, Connie fue al baño y se quedó allí todo lo que se atrevió. Cubículos sin puertas. A pesar del hedor, era un lugar para estar casi sola, algo preciado en el hospital. ¿Cómo iba a gritarle a su sobrina? ¿Para qué? Dolly había preferido creer en Geraldo, y si ella intentaba socavar esa creencia, Dolly se alejaría de ella. Entonces no la ayudaría a salir de allí, no le traería ropa ni ninguna de las pequeñas cosas esenciales para que los días vacíos que quedaban por venir fueran un poco más soportables. Juzgaba a su sobrina por elegir a Geraldo en lugar de a su bebé aún no nacido y a ella misma; pero, ¿acaso ella no había elegido llorar la muerte de Claud casi hasta morir?

En el exterior, ¿se escurría la lluvia por la Primera Avenida? ¿Se desangraba el sol a través de un turbio cielo encapotado? ¿Era uno de esos raros días azules en que los edificios se alzaban nítidos contra el firmamento? Aquí era la hora de la medicación. La hora de hacer cola por una taza de papel para enjuagarse la boca. La hora de hacer cola para comidas de fécula. La hora de hacer cola para más medicación. La hora de estar sentada horas y horas y horas. La hora de saludar alguna cara negra que reconocías de la vez anterior.

—Ajá, me trajeron hace tres, cuatro días —explicó Connie—. ¿Hace mucho que estás?

—Mi asistente social me trajo el lunes. Igual que la última vez. ¿A ti también?

Connie bajó la cabeza.

—Sí, fue mi asistente social.

Aquí era la hora de sentarse frente a una trabajadora social, la señorita Ferguson, que miraba más los informes que tenía desparrramados sobre la mesa que a ella. La señorita Ferguson permanecía sentada firme y de vez en cuando lanzaba una mirada a la puerta.

—No tiene que preocuparse por mí —dijo Connie—. No hice lo que el chulo Geraldo dice que hice. No golpeé a mi sobrina. No le

tocaría ni un pelo. A quien golpeé es a él, esa es la verdad. Solo lo golpeé porque le estaba dando una paliza.

—¿Así fue como ocurrió con su hija?

La señorita Ferguson tenía el pelo castaño claro con rizos en las puntas. Llevaba gafas de abuela y un traje pantalón azul celeste. Le había salido un grano en la punta de la nariz que su mano derecha no paraba de intentar tocar.

—¡Esta vez no fue lo mismo! ¡No es así!

—¿Cómo vamos a ayudarla si no nos deja? —La señorita Ferguson miraba su reloj de pulsera, acomodando los papeles de la carpeta. La carpeta de Connie—. Hace tres años fue ingresada en Bellevue a partir de una recomendación consensuada entre una trabajadora social de la Oficina de Protección de Menores, su asistente de la seguridad social y su agente de la condicional. Estuvo ingresada en el hospital público de Rockover durante ocho meses.

—Dijeron que estaba enferma y yo lo acepté. Una persona muy cercana había muerto y perdí las ganas de seguir viviendo.

—Tiene usted historial de abuso infantil...

—¡Una vez! ¡Estaba enferma!

—Le quitaron la custodia. Su hija Angelina Ramos fue dada en adopción.

—¡Nunca debería haberlo consentido! ¡No entendía lo que estaba pasando! Pensaba que solo se harían cargo de ella, que la cuidarían.

—El psiquiatra designado por el tribunal emitió un juicio clínico según el cual su hija estaría mejor atendida con padres adoptivos.

El grano le crecía a medida que Connie la observaba. La señorita Ferguson no paraba de tocárselo con cautela, apretándolo mientras fingía no hacerlo.

—¡Se equivocaron al quitarme a mi hija! —Vio cómo la señorita Ferguson fruncía el ceño—. Imagínese, quitarle a una su propia hija. Le hice daño solo una vez. Fue algo terrible, ya lo sé. ¡Pero castigarme por eso el resto de mi vida!

La trabajadora social le dirigió una de esas miradas con que los humanos miran a las cucarachas. La mayoría de la gente pega a los niños. Pero cuando dependes de la asistencia social y estás con la condicional y todo el *establishment* del encasillamiento social tiene el derecho de meterse de vez en cuando en tu cocina y abrir los armarios y mirar debajo de la cama y contar la cantidad de chinches y de zapatos que tienes, mejor que no se te ocurra pegar a tu hija ni una sola vez. Niña maltratada y abandonada, había sido el nombre oficial que le habían puesto a Angelina. Había sido malvada con Angie, había pasado los meses posteriores a la muerte de Claud atiborrándose de tranquilizantes, bebiendo vino tinto barato. Un par de veces se había metido anfetaminas. Pensó que ya nada podía hacerle daño; hasta que perdió a Angelina. Quizás siempre tienes algo más que perder hasta que, como a Claud, te quitan también la vida.

—El conocido que falleció, era su... El carterista negro y lisiado con el que usted colaboraba.

Su cara adoptó de golpe una expresión impenetrable. Te atrapan haciéndote decir algo y después lo traían a colación en sus interpretaciones para acabar contigo. Para hacer encajar tu vida en un patrón de enfermedad. Ni siquiera había dicho ciego. «Lisiado». No lo era. Era un excelente saxofonista. Era un carterista con talento y traía cosas buenas a casa para ella y su niña. Había sido tan bueno con Angie como si se tratara de su propia hija. También había sido bueno con Connie, un hombre amoroso. El hombre más dulce que jamás había conocido. Como si Claud pudiera resumirse en sus historiales putrefactos, o su dulzura, o su dolor, o su tremenda furia. A él también lo habían matado. En la cárcel había tomado parte de un experimento médico a cambio de dinero, con la esperanza de obtener una reducción de condena. Le habían inyectado hepatitis, la enfermedad había seguido su curso y él había muerto. Su oficial de la condicional, Briggs, no la había dejado asistir al funeral. Ese bastardo... ¿Acaso pensaba que iban a tramar algo, con él desde el ataúd cerrado?

—El hombre puertorriqueño que usted describe como «chulo» de su sobrina, ¿es también el novio?

—Es su chulo, su proxeneta; es así. Así es como se gana la vida. Tiene otras tres chicas. —Connie se inclinó hacia adelante, dándose por vencida. No intentes ganar ahora, solo sobrevive—. Escuche, por favor, señorita Ferguson, mire mi boca, en el lugar donde me golpeó. ¿Podría por favor mirarme durante un segundo? De este lado. Aquí. Duele horrores. Después de que me derribaron a golpes, me dio patadas cuando estaba tirada en el suelo. Cuando respiro, cada vez, todo el rato, me duele. Creo que.... —Estaba a punto de decir que tenía una costilla rota o astillada, pero se ponían desagradables si decías alguna palabra médica—. Creo que tengo algo malo dentro. En el sitio donde me pateó cuando estaba tirada en el suelo.

—¿Quiénes son estas personas que cree usted que la derribaron a golpes? ¿Se refiere a su sobrina, Dolores Campos?

—¡No! Él se presentó con un...

Se dio cuenta de que no quería decir la palabra «médico». Qué precavida tenía que ser con ellos.

—... con un par de colegas, unos matones. Cuando lo golpeé, ellos fueron los que me derribaron a golpes.

—Entonces lo admite, recuerda usted que lo golpeó.

—¡Sí! Estaba aporreando a Dolly.

—Su sobrina dice que usted la atacó.

—A mí me dijo que fue él quien la obligó a decir eso. Pregúntele a ella cuando no esté delante de él. Se lo suplico, pregúntele a ella sola. Tiene miedo de ponerse en contra de Geraldo.

Juntó las manos implorando como si rezara y escuchó cómo su propia voz gemía:

—Por favor, señorita Ferguson, pida que me vea un médico. Me duele muchísimo. Por favor, se lo imploro. Mire mi boca.

—Usted dice que le duele. ¿Dónde cree que siente dolor?

—En el costado. Mis costillas. También la boca. Y tengo la espalda

quemada. Esos son los sitios que más duelen. El resto son moretones no más.

–¿En el costado?

–Duele cada vez que respiro. ¡Por favor!

–Bueno, sí que tiene moretones. Está bien, se lo diré a la enfermera.

–La señorita Ferguson se acarició el grano, fingiendo que se acomodaba las gafas. Despachó a Connie con un leve asentimiento de cabeza.

Finalmente, el martes le hicieron radiografías, le vendaron la costilla rota y le miraron la boca. La mandaron al dentista con una auxiliar. Se perdió la hora de las visitas, así que no pudo saber si Dolly había salido ya del hospital. Pero vendría mañana, sin duda; Dolly tenía que venir y hablar con ellos para que la dejaran salir. Si conseguía que su sobrina le dijera la verdad al médico, a la enfermera, incluso quizás hasta a la trabajadora social, entonces la dejarían marcharse... Aun calculando que todo el proceso de alta tardase uno o dos días, podría estar fuera el viernes por la noche.

Se sentó en una silla torcida en la sala de espera de la consulta del dentista, con la auxiliar a su lado, leyendo atentamente una revista de astrología. ¡Cómo celebraría su liberación! Sus dos sórdidas habitaciones con el lavabo en el pasillo lucían resplandecientes en su imaginación, amplias y lujosas después del hospital. ¡Puertas que podía cerrar! ¡Un retrete con puerta! Sillas para sentarse, una mesa para ella sola, una tele que podía encender y apagar y poner en el programa que quisiera, su propia cama con sábanas limpias sin olor a pis rancio. ¡Su privacidad y su libertad tan preciadas!

Sí, se levantaría por la mañana cuando ella quisiera y no cuando viniera una auxiliar a despertarla a los gritos. No más Thorazine ni pastillas para dormir, el breve subidón y las interminables profundidades del aturdimiento. Noches de sueño real. Pasaría hambre una semana entera por el mero placer de saborear una naranja de verdad, un aguacate. Nadie le diría lo que tenía que hacer. Caminaría por las calles milagrosamente sin una auxiliar al lado. Respiraría el

aire hermoso, vital, contaminado. Caminaría hasta que le dieran ganas de sentarse.

Se pondría a cantar y bailar por la cocina, cantaría canciones de amor a las *cucarachas* y las *chinchas*, ¡sus *chinchas*! Su vida, que había parecido tan andrajosa, ahora se veía como una rosa de terciopelo rojo abriéndose ante ella, aquella rosa que una vez le regaló Claud, que le había encantado por su tacto sedoso, por su fragancia, sin saber que era rojo carmesí. Su vida barata y ordinaria se le presentaba plena más allá de la posibilidad de saborear cada momento. Una vida a rebosar de aromas a café, a maría fumada en los pasillos, a aceite refrito al subir las escaleras de su apartamento de alquiler; a olor a pasto recién cortado y a brotes nuevos en Central Park. Vendedores ambulantes en las aceras. *Cuchifritos*. El ritmo primaveral de tambores de conga inundando las calles.

Esperando en la silla desvencijada de la sala de espera del dentista, la boca se le hizo agua y miró con envidia el café que sorbía la auxiliar. Café con leche, seguramente dulce. Para dar conversación, preguntó:

—De qué signo es usted?

La mujer la miró de reojo.

—Sagitario.

No tenía ni idea de cuáles eran los meses de Sagitario.

—Yo soy Aries.

—Tu signo está chiflado, chica. —La auxiliar volvió a su revista, apartándose un poco.

Pronto estaría fuera. ¡Muy pronto! Tragarse todos los insultos. Quedarse callada. ¡Tendría cosas mucho mejores que un café salido de una cafetera automática! Se prepararía para ella sola aquel café dominicano que había empezado a preparar para Dolly aquella noche. ¡Tenía tanta hambre de comida mexicana! La comida puertorriqueña era diferente. Había aprendido a comérsela, a que le gustara. De hecho, había preparado *salcocho*, *mondongo*, *asopão* y

muchos platos con *plátanos* para Eddie, también para Dolly, cuya madre, Carmel, era puertorriqueña. Pero es que ni los ingredientes básicos eran iguales, todas esas raíces (yuca, yautía, taro), el *bacalao* salado, en lugar de la base de maíz y frijoles. Ella se había criado con *pintos* y los puertorriqueños comían más frijoles negros. Había visto algunos restaurantes mexicanos en Nueva York, pero eran demasiado caros para ella. Qué ridículo vivir en un sitio donde el sabor de la comida de tu tierra tenía un precio que no te podías permitir. Comía más a menudo comida china que mexicana.

Respirar el aroma a libertad sería suficiente. No había sabido conducir la entrevista con Ferguson. Hablaría de conseguir un trabajo. Hasta podía volver a intentarlo. Deambular de oficina en oficina. Quizás se había rendido con demasiada facilidad. Quizás podía llegar a conseguir un trabajo temporal como administrativa. O quizás podría hacer creer a la trabajadora social que lo haría. Les gustaba eso, convencerlos de que ibas a conseguir un trabajo. Pensó en Ferguson y se encogió de hombros. De cualquier manera, cabía la posibilidad de que la próxima vez hubiera otra.

No escribía a máquina desde hacía... ¿cuatro, cinco años? La última vez que la habían ingresado, había solicitado un trabajo como taquígrafa, pero preferían a mujeres más jóvenes. Quizás aquí tenían alguna máquina de escribir para poder practicar. Tenía que calcular las distintas perspectivas. Lo mejor era que se lo creyera ella misma, lo de que podía conseguir un trabajo. Ella, con su historial delictivo y psiquiátrico, una chicana gorda de treinta y siete años, sin marido, sin su hija, sin las ropas adecuadas, con su billetera de plástico gastada en los bordes y arreglada con cinta adhesiva. La ayudante del dentista apareció taconeando para anunciar su turno; la auxiliar la levantó como si fuera una muñeca de trapo y la hizo desfilar hacia la consulta.

El miércoles y el jueves pasaron como largos, larguísimos trenes de carga hasta que finalmente llegó el viernes. En su pabellón,

dos pacientes tenían pases de fin de semana para ir a casa. Otras tres mujeres habían sido dadas de alta. Trajeron sus pertenencias en bolsas y sus parientes se las llevaron. Trajeron a más mujeres. Dolly no vino a por ella. Luego la enfermera, silbando una canción de ritmo latino que había estado sonando en todas las emisoras de radio, hasta en las radios blancas, se detuvo y le habló:

—Muy bien, señora Ramos, arréglese.

—¡Voy a salir! Lo sabía. ¿Voy a salir, no?

—Se va al campo. Árboles y césped, para disfrutar del descanso que necesita.

—¡No me venga con esas! —Se apretó el pecho—. No pueden trasladarme. Solo estoy en observación.

—Su familia quiere que se ponga bien, igual que el médico...

—¡Pero si el médico solo habló conmigo cinco minutos!

—Está usted enferma. Todo el mundo quiere que se ponga bien —dijo la enfermera con dulzura fingida—. ¿No quiere ponerse bien?

—¿Quién ha firmado el ingreso? ¿Mi sobrina?

—Su hermano Lewis. Así no se volverá a hacer daño ni se lo hará a otros. Ha vuelto a ser una chica mala, señora Ramos.

—¿Adónde me llevan?

—Usted coja sus cosas. Ya lo verá. —La enfermera se fue dando pasos largos y silbando esa canción pegadiza de los War que había resonado en El Barrio durante semanas.

La lluvia caía a raudales. El día era frío y húmedo y ráfagas de viento arremetían contra el agua, formando grandes olas que rompían a los costados del autobús ambulancia. Se sentó para poder mirar a través de la ranura, con las ropas que le había traído Dolly. La lluvia tamborileaba en el techo de metal, como agredándolo. Bajo el agua. Se estaba ahogando.

Aquí estaba, con la mitad de su vida gastada, a medio camino en el oscuro viaje que la había empujado a las manos de la coma-

drona de El Paso y la había llevado a través del West Side de Chicago, hasta el Bronx, el Lower East Side y El Barrio. La doncella de hierro la llevaba otra vez a Rockover. Luis había firmado el ingreso. Se había llegado a un acuerdo. Se había negociado una tregua entre los dos hombres sobre los cuerpos de sus mujeres. Luis, que nunca había admitido que su hija mayor fuera puta, pero que la hacía sentirse como una puta cada vez que la tenía en casa. La doncella de hierro iba rebotando bruscamente, apaleándola. A medio camino de los duros años asignados a las mujeres se vio impedida, atrapada, drogada con el Thorazine que le minaba la voluntad, le volvía torpe el cerebro y drenaba la energía de su cuerpo.

Había perdido algo de peso y el viejo vestido amarillo le quedaba holgado. Tenía los labios y las uñas partidos por la droga y la falta de proteínas. El dentista le había sacado un diente y le había empastado otros dos con un arreglo precipitado. Le dolía la costilla. Llevaba una venda bien ceñida como un corsé bajo el vestido holgado. En la oscuridad artificial de la tormenta de abril, el vientre de la bestia de metal la llevaba a ciegas en su interior.

El autobús ambulancia bajó la velocidad de golpe. Cogía las curvas con brusquedad. Volvía a bajar la velocidad. Presionó el ojo contra la rendija y contempló los árboles llenos de brotes, los setos. A lo lejos pudo ver, a través del velo de las ráfagas de lluvia, las paredes que conocía demasiado bien, aquel lugar de castigo y de pena, donde asesinaban el ser lenta o rápidamente: el llamado Hospital Público de Rockover.

Quizás se merecía un castigo por la locura que nadie había sabido adivinar, las preguntas que nadie había hecho, la historia que nadie le había sonsacado: que durante todo el mes pasado había estado alucinando con un hombre extraño con una nitidez cada vez mayor. Que había soñado dormida y luego despierta y que al final había visto en la calle ese rostro lampiño de indio.

Entonces las puertas engulleron al autobús ambulancia y se la tragarón mientras Connie dejaba el mundo y entraba en el submundo donde todos los indeseables, los que se atascaban como dientes irregulares en un engranaje, los que no tenían lugar o si encajaban en alguno era a martillazos y a través del piñón que los apretaban, eran transportados para arrepentirse de su terquedad o para perseguir su visión demente hasta el pozo del terror. El autobús galopó dando tumbos con los amortiguadores rotos hacia el interior del asilo que no ofrecía ningún asilo.

Sobre los edificios antiguos, la lluvia caía en largas hebras grises como una cascada sobre las paredes de ladrillo. Mientras le indicaban con sequedad que bajara deprisa, se sorprendió de ver gaviotas en el cielo planeando en círculo, lejos del mar, como hacían en otros basureros. Poco se reciclaba aquí. Ella era la basura humana que llevaban al vertedero.

DOS

La primera vez. ¿Hubo una primera vez? Los sueños empezaron sin duda con un sueño original; sin embargo, la primera mañana que se despertó y recordó, tuvo la sensación de que había más cosas que no recordaba, una sensación de retorno, borrosa pero convincente. Se quedó acostada boca arriba sobre el centro ahuecado de la cama, ese valle que la hacía sentir doblemente consciente de estar sola. Una de sus trenzas se había soltado y yacía enrollada alrededor de su cuello como una cálida serpiente negra.

Casi siempre la sensación de repetición al despertar solía ser un despertar otra vez a las facturas; otra vez al hambre; otra vez al dolor; otra vez a la pérdida; otra vez a los problemas. Otra vez sin Claud, otra vez sin Angelina, otra vez el alquiler, otra vez sin trabajo, sin esperanzas. Pero hoy sentía algo dulce en su aliento matinal. Una luz tenue se colaba a través de la ventana que daba al hueco de ventilación entre edificios.

—¡No! ¡No, *mamacita*, no lo haga!

Algo cayó estrepitosamente en el piso de arriba. Cerró los ojos. ¿Qué iba a la deriva bajo la superficie lisa del sueño? El rostro de un hombre joven, la mano tendida. ¿Señalaba algo? ¿Intentaba coger su mano? Un hombre joven de estatura mediana con brillantes cabellos negros hasta los hombros, rasgos indios. Aún más que los de ella. Ojos muy juntos, oscuros y con forma de frijoles negros. Nariz larga. Pómulos bien afeitados, piel de apariencia suave como la suya... en otra época. Ya no más. Aquella suave piel de bronce como melocotón al tacto, con una pizca de oro ¡Qué hermosa había sido su piel! Los chicanos hoy día eran más propensos a considerar hermosa la piel morena que cuando ella tenía esa piel perfecta. *La gente de bronce*. La depresión le subió por la garganta como una niebla; se dio la vuelta, empezó a toser. La tos la sacudió con violencia. De viaje por una carretera secundaria en la cabina de la camioneta del Tío Manuel, con el polvo que iban dejando atrás como una enorme serpiente emplumada, durante kilómetros y kilómetros de tierra reseca. Buscó a tientas el paquete aplastado; aún uno, dos cigarrillos. Lo encendió, aspiró el dulce humo, tosió más y después, bajando los pies al suelo, se levantó. Se le nubló la vista, después se le despejó. El suelo estaba frío. Se enfundó torpemente los zapatos desgastados en los lados de tanto usarlos. Le encantaría tener zapatillas, sí, ridículas zapatillas de peluche. Entonces vislumbró unas pequeñas zapatillas de bebé rosadas en los pies de Angie. Regalo de Luis, que se hacía llamar Lewis. ¡Capullo! Mi hermano el anglo. Angelina siete años, cuatro meses, veintidós días... ocho horas. Aspiró el humo con fuerza, rompió a toser y entró lentamente en la cocina, para enfrentar el día que ya sangraba en los bordes. Recoger, limpiar, ordenar, dejar perfectas las superficies ajadas. Su asistente social, la señora Polcari, venía hoy.

Desayunó un café suave y dulce en el que remojó un trozo de pan rancio, la última costra de pan que quedaba en la casa. Después hizo un cuidadoso cálculo de su presupuesto, que volvía a calcular cada

vez que regresaba del súper con precios más caros. Se había quedado con hambre, pero engañó al estómago con el viejo truco de tomar dos tazas de agua caliente, que se llevaron el agradable sabor de su último trago de café. Después limpió sus dos pequeñas habitaciones a fondo, lentamente. Hizo la cama y la dejó tan lisa como pudo, y hasta quitó del interior de la hermosa botella de vino algunas de las hierbas y flores secas con el tallo roto. Eran recuerdo de aquel picnic en que Nita, que recién empezaba a caminar, se había quedado dormida en sus brazos, ya agotada. Connie ardía sentada sobre la manta, transfigurada por sostener a ese bocadito de cara colorada y dulce respirar. Una mariposa negra y anaranjada se le había posado en el brazo y ella se había quedado tan quieta encorvada alrededor de Nita que, por un instante, la mariposa se mantuvo batiendo las alas, abriendo y cerrando esas puertas llenas de luz.

A las once, la llamada a la puerta. La señora Polcari era delgada, con el pelo castaño corto hasta las mejillas, terso como un bol de madera bien pulido. Hoy llevaba unos pendientes de plata con pequeñas piedras verdes que parecían jade. Grandes ojos avellana con largas y curvadas pestañas miraban sorprendidos desde detrás de unas gafas con montura dorada. Una vez le había preguntado a la señora Polcari por qué no llevaba lentes de contacto y había sido recompensada con una mirada gélida. Pero es que unos ojos tan lindos... Si tenía el dinero, una joven bonita como ella, ¿por qué no? Sus grandes labios como fruta madura ofrecían un destello de dientes blancos y perfectos en las escasas ocasiones en que sonreía. Juvenil, femenina, a la moda, como esas chicas universitarias que solía ver cuando trabajaba para el profesor Silvester. La señora Polcari olía a Arpege.

Hoy la señora Polcari intentaba convencerla de apuntarse a un programa de formación que parecía más bien la gran idea de alguien para producir trabajo doméstico barato sin necesidad de importar mujeres de Haití.

—Ay, no sé —dijo a la señora Polcari—. Cuando se está sin trabajo

durante tanto tiempo, ¿quién te va a querer? –Limpiar la cocina de una mujer blanca estaba al final de la lista entre las cosas que haría para sobrevivir.

–Es usted demasiado... negativa, señora Ramos. Fíjese en mí. Volví a trabajar después de que mis hijos fueran a la escuela. Durante todos esos años no trabajé.

–¿Cómo es que tuvo hijos tan joven? ¿Se casó en el bachillerato? –Qué raro que una mujer blanca hubiera tenido hijos antes de los dieciocho.

La señora Polcari hizo una mueca.

–No me adule, señora Ramos. No me casé hasta los veintiséis. Mi madre estaba segura de que sería una vieja solterona hasta la tumba.

–Entonces, ¿qué edad tienen sus hijos, señora Polcari?

–El mayor ahora tiene diez, el más pequeño acaba de cumplir ocho. Así que debía tener al menos unos treinta y seis.

Cuando la señora Polcari se fue, se miró en el espejo que había sobre el fregadero, tocándose las mejillas. ¿Cómo se mantenían tan jóvenes? ¿Tomarían pastillas? Algo las mantenía intactas durante muchos más años, a esas mujeres de pelo limpio que olían a Arpege. Las mujeres estudiaban en la universidad y conseguían trabajos limpios y se casaban con hombres profesionales y vivían en casas llenas de máquinas y bordeadas de césped. Ella no se había visto así de joven desde... desde antes de que naciera Angelina.

Tenía envidia, sin duda, pero también la amargaba la sensación de que la estaban estafando, y la vergüenza, la vergüenza de ser mercancía de segunda clase. La que se deteriora con rapidez. Mercancía deficiente. «Nosotras nos deterioramos tan pronto», dijo al espejo, sin demasiada certeza sobre a quién se refería con «nosotras». Su vida no era pródiga en «nosotras» significativos. Una vez escuchó a una asistente social hablar sobre la gente de Puerto Rico –o «esos», como se les conocía popularmente en esa clínica (y otras clínicas similares de Texas)– diciendo que «esos» envejecen más rápido y mueren jóvenes,

por lo que la estudiante que estaba haciendo su trabajo de campo no debía sorprenderse de algunas de sus enfermedades, como la tuberculosis. Le recordaba a Luis hablando sobre el pez tropical que tenía en su sala de estar, casamiento tras casamiento: ¡Oh! Se mueren fácil, estos tetras neón, cuando se vacía la pecera, te compras otros y ya.

Al menos su orgullo adusto siempre la hacía limpiar para la señora Polcari, que no estaba sujeta a las mismas leyes físicas, la misma decadencia, la misma devastación ante la erosión del tiempo. Por más que la señora Polcari la mirara con condescendencia, como un caso con mal historial, un caso social, Connie no permitiría que encontrara ni una mota de suciedad en la silla sobre la que fuera a posar su pequeño trasero, ni una mota sobre la mesa en la que a veces accedía a tomar una taza de café instantáneo sin azúcar.

Después de dos días de fregar suelos para la ciudad (programa de asistencia social), se levantó bien temprano con un típico dolor en las lumbares, pero se sorprendió sonriendo por el sueño. *La madrugada*, una palabra que siempre le dejaba miel en la boca. Ese dulce sabor. La cara del joven indio sonriendo, llamándola con gestos, con una curiosidad amable. No tenía el porte de macho de los hombres de su familia, ni la fuerza descomunal de Claud, ni la tensa agresividad de Eddie. Pero sus manos, al sujetar las de ella, no eran suaves. ¿Se daban la mano? Qué absurdo. Cálidas, callosas, con un leve aroma químico.

—¿Cómo debería llamarte? —había preguntado la voz. Una voz aguda, casi afeminada, pero agradable y sin rasgo de acento.

—Connie —había dicho—. Llámame Connie.

—Mi nombre es Luciente.

Raro que ella hubiera soñado en inglés. *Me llamo Luciente*: brillante, resplandeciente, lleno de luz. Raro que no hubiera dicho Consuelo a alguien obviamente México-americano. *Me llamo Consuelo*.

—Ven —le insistió, y entonces recordó el tacto de esa mano cálida, amable, callosa, sobre su brazo desnudo. Intentando arrastrarla hacia él.

Casi siempre soñaba en inglés, aunque a veces aún tenía algún sueño en español. Hacía años había intentado averiguar qué clase de sueños tenía en cada idioma, durante sus casi dos preciados años en el instituto de estudios superiores donde había tomado un curso de psicología. No debería haberse alejado tímidamente del joven de voz aguda, agradable, con manos de trabajador. Debería habersele acercado sigilosamente y haberle restregado los grandes senos contra su pecho. Hasta en sus sueños se quedaba sin nada. Se frotó el brazo distraídamente, en el lugar donde él la había tocado con su mano cálida. Con persuasión. Se había aficionado a soñar con chicos jóvenes. Quizás al hacerse vieja los chicos de su alma soñadora se volvían más jóvenes y más lampiños, delgados como cerillas.

Se dio vuelta, empezó a toser, atragantándose con la flema. Maldiciendo, escupió en un pedacito de papel higiénico y buscó el paquete aplastado sobre la silla. Se quedó petrificada. Sus dedos. Ese aroma. Se olió el brazo. Sí, su piel desprendía la misma sustancia que los dedos de Luciente. Se le erizaron los pelos de la nuca.

¡Idiota! La volverían a encerrar. Igual es que había metido el brazo en algún sitio, probablemente limpiando aquella oficina, y soñó con eso, como cuando transformas el sonido de una alarma en el tañido de una campana. La flema que había expulsado era marrón. Tenía un poco de sangre de la garganta, eso era lo que debería preocuparla. Estaba demasiado nerviosa como para dejar de fumar, aunque sabía que le estaba haciendo daño. Bueno, daba igual, la arrollaría un taxi antes de que pudiera morir de cáncer. Un atracador le reventaría la cabeza. Tendría un cáncer por comer la basura que se podía pagar con el escaso dinero de la asistencia social.

Su vecina, la señora Silva, golpeó a la puerta momentos después de que volviera de la compra, de comprar dos rollos de papel higiénico, pan, plátanos, espaguetis, huevos. Habría preferido una hamburguesa, pero no le alcanzaba el dinero para comprar carne. Su sobrina Dolores, Dolly, la mayor de Luis, de su primer matrimo-

nio, estaba al teléfono en lo de la señora Silva. Luis se había casado muchas veces y tenía hijos de cada mujer. Su preferida era Dolly, de veintidós años, regordeta y dulce como un camote confitado. Cuando Dolly necesitaba contactar con ella, llamaba a la señora Silva.

Dolly le pidió que fuera a la calle Rivington y ella cogió su viejo abrigo verde y su ajada cartera de plástico y se encaminó al metro. En el expreso que iba al puente de Brooklyn, tuvo un golpe de suerte. Al entrar al vagón vio un bolígrafo debajo de un asiento y, cuando lo probó, funcionaba. Era de tinta azul y llevaba el nombre de una empresa de bolígrafos. Hacía meses que no tenía uno que funcionara. Tenía que escribir sus cartas con lápiz. Ahora escribiría con tinta, como debía ser. Esa noche escribiría a sus dos hermanas con el nuevo bolígrafo. Lo metió cuidadosamente en la cartera antes de cambiar al tren QJ, comprobando que la cinta adhesiva todavía estuviera bien puesta para que no se cayera. También cogió un ejemplar del *Daily News* que un hombre había dejado en su asiento.

En Delancey con Essex se dirigió al norte, hacia Rivington, desmesuradamente consciente de que Norfolk estaba una manzana más arriba, donde había vivido un año con Angelina en una sola habitación, aquel mal año después de que metiesen a Claud en prisión. Esa habitación era como una caja de dolor. Se la había conseguido Dolly después de que la echaran del apartamento que compartía con Claud, tres grandes habitaciones con baño propio a solo dos manzanas del parque Mount Morris. En aquel entonces, Dolly vivía con su marido en Rivington, donde vivía ahora con su hija Nita, y la presencia ocasional de su asqueroso chulo, Gerald. Allí estaba la *bodega* donde Connie solía pedir fiado hasta que le llegara la paga; y la licorería que conocía demasiado bien, con estanterías y más estanterías llenas de vino dulce barato.

Hacía un calor sofocante en el apartamento de Dolly, como siempre. Nita estaba comiendo en una silla de bebé que empezaba a quedarle pequeña, acabando un pudín de coco instantáneo, metiéndoselo casi todo en la boca en el momento en que entró Connie.

—*¡Ahora comes como una santa!* —Connie se encorvó sobre su sobrina nieta—. ¡Qué bien come ya! ¡Qué niña tan buena! Regálame una sonrisa, Nita. *¡Hazme los ojitos! ¿Sí? ¡Qué preciosa!*

Dolly tenía la cara hinchada por las lágrimas. Se levantó la manga de la blusa para mostrar un moretón.

—¿Un cliente te hizo eso?

—¡Me lo hizo Geraldito!

—¿Por qué lo aguantas? Es un desgraciado, no tiene remedio.

Dolly suspiró y se lió un porro con el papel con sabor a regaliz que tanto le gustaba.

—¿Te acuerdas cuando al volver de San Juan me dijiste que estaba preñada?

Connie asintió, aceptando el porro. Mientras soltaba el humo, dijo:

—Tú ya lo sabías. Estabas desesperada por tener un bebé.

—¡Y todavía lo estoy! Fui, me hice una prueba de esas. No me vino desde que fuimos a San Juan.

—¿Y qué dijo la prueba?

Dolly se dio unas palmaditas en la barriga.

—Ayer se lo dije a Geraldito. Empezó a chillarme, que si era de un cliente, que si... ¡Y empezó a pegarme!

—Me pone enferma... Te hace ir con hombres y después te menosprecia por ello. Es su bebé. Volviste de Puerto Rico con ese bebé. —Lo había sabido ni bien había visto a Dolly.

Dolly se levantó.

—Los clientes son trabajo. No lo menosprecies, saco buen dinero. No los traigo aquí, me lo monto en hoteles o en donde Geraldito. ¡Mira, todas las mujeres se venden! Jackie Onassis se vende. Así que...

—¿Y...? ¿Qué tal es hacerlo con ellos?

—Es un trabajo —Dolly aspiró el humo, frunciendo el ceño. Los minutos se espesaron entre las dos. Al cabo de un rato, se sorbió la nariz—. Te odias, y odias al cliente. Todavía no he conocido a una mujer que no odie a cada uno de sus asquerosos clientes.

—Deja a ese desgraciado, *carita*, déjalo. Qué te importa. No te llega a la suela de los zapatos.

—Es listo, Connie, su mente funciona así —chascó los dedos—. Tiene estilo. Las otras putas son capaces de hacer el pino para conseguir que las mire cuando pasa por ahí... Yo pensé, ¿por qué no tener un bebé con él? Así podría retirarme. Y será como antes, pero mejor. Un hombre te respeta más si tienes un hijo suyo. ¿Por qué no?

—Entonces, ¿en Puerto Rico dejaste de tomar las pastillas?

—Las dejé aquí. Ni siquiera las metí en el bolso. También pensé que traería buena suerte, un bebé hecho en la isla. ¡Quiero tener este bebé, Connie!

—¿Por qué no? Un hijo único es solitario. ¿Por qué no tener otro? Eres una buena madre. Deja a ese cabrón y ten el bebé.

—¡Él no me deja! ¡Dice que tengo que hacerme un aborto!

—No. —Connie dio un puñetazo sobre la mesa. Un gesto raro en ella. Dolly miró fijamente—. ¡Tenlo! Dile que se muera de sobredosis y venda su cuerpo al ayuntamiento como cebo para ratas. Vente a vivir conmigo. Te ayudaré con los niños. Me encantaría, ya sabes que es verdad...

Sonó el teléfono. Era un cliente. Dolly salió corriendo al baño para arreglarse la cara y recomponerse. Connie le dio un beso, mimó un rato a Nita y de mala gana se dirigió escaleras abajo. En la calle, un viento húmedo y cortante proveniente del East River le arañó la cara. Se ciñó el viejo abrigo verde. Ya no tenía forro. Se sentía floja y colocada por la hierba, demasiado fumada para enfrentarse al metro. Decidió ir caminando hasta la parada de Spring Street y tomar el local hacia la parte alta de la ciudad, aunque tendría que andar unas diez manzanas.

En un parque infantil en Elizabeth, unas niñas jugaban al escondite inglés. Caminó encorvada contra el viento, sin decidirse a acercarse y pararse a mirar, pero de repente se vio apoyada sobre la valla. La mayoría tenía la piel oscura, la edad de su hija. Angie habría sido una de las de piel más clara, de las más bajas. Eddie, su padre, había sido bajo y de piel clara. Podría haber sido aquella delgada y ágil con el

cabello oscuro y la piel color crema y una enorme sonrisa que decía: «quíereme». Esa a la que pillaban y se tiraba de los pelos montando un escándalo. ¡Sí, la niña que se tira de los pelos sería la mía!

Dos hombres que empujaban una carretilla sobre la acera la miraron, uno le dijo algo al otro entre risas. Las lágrimas le caían por las mejillas. Pinche droga poniéndola sentimental. Connie la loca. Empezó a caminar mientras la calle se inflaba ante ella como una vela. Intentó secarse la cara con las mangas del abrigo. Se le caían las lágrimas de los ojos irritados, grifos imposibles de cerrar. Cálidas y húmedas sobre las mejillas. Giró en Prince y se sentó en un portal, sobre un escalón de cemento empotrado en la entrada de un edificio de *lofts*. Tras ella, la puerta era grande como la de un granero. Extendió el periódico para poner el trasero sobre él. Nadie alrededor. Cogió unos trozos de papel higiénico y se sonó con fuerza. Cualquiera pensaría que había amado a su hija.

Una sombra sobre ella. Empezó a levantarse, pero esa mano estaba ahí extendida, otra vez.

—¿Qué pasa? Estás llorando. ¿Te he asustado, Connie?

Más bajo que en su sueño, solo unos centímetros más alto que ella, de pie, se inclinó hacia ella, la cara de luna, los ojos de frijoles negros, esa amable sonrisa.

—¡Me estoy volviendo loca! Pero podría ser la droga. Muy potente...

—Estoy aquí. He estado intentando llegar a ti. Pero te asustas, Connie. —Luciente sonrió. Era realmente afeminado. ¿*Mariquita*?

—¿Qué quieres de mí? —Cuentos infantiles de miedo sobre *brujos*, hechizos, demonios. Todo mentiras, pero ¿cómo había podido este chico colarse en sus sueños?

—Solo hablar. Que te relajes y hables conmigo.

—¡Ja! Nunca nadie quiere hablar conmigo. Ni siquiera mi asistente social, la señora Polcari. La deprimio.

Connie se levantó con rigidez, sacudiéndose la culera del viejo abrigo, y lo esquivó mientras doblaba el periódico. Con su brazo rozó

el de él. Sin duda era real, su brazo se notaba musculoso a través de la chaqueta de cuero. El estómago se le contrajo de miedo. El Muro y la manera en que la esperaba. En aquel entonces, ella era joven y apetitosa como un pollo asado. Ahora era lo que Geraldo siempre la había llamado: un saco, un saco lleno de pena y problemas. Ansiaba desesperadamente un cigarrillo pero tenía miedo de abrir el bolso delante de él, le sería tan fácil darle un tirón... Mientras él caminaba a su lado con paso elástico y relajado, Connie mantenía la cartera de plástico escondida debajo del periódico, entre el codo y el cuerpo del lado opuesto al de él. No, no tenía pluma al andar. Caminaba con pie firme y gracia gatuna. Se movía con gracia y autoridad al mismo tiempo. En el bolso llevaba diecisiete dólares, algunos centavos y dos billetes de metro, también su carné de la seguridad social y las llaves del apartamento. ¿Cómo recuperaría los diecisiete dólares? Podría incluso robarle su pequeña tele para empeñarla. Le quedaban dos semanas para recibir su próxima paga, si es que llegaba puntual.

No iba vestido como alguien que viviera en la calle. A pesar de no llevar nada nuevo ni llamativo, su ropa era bastante buena y estaba bien hecha. Botas grandes y pesadas como las que llevan los jóvenes, pantalones negros parecidos a los vaqueros, una camiseta roja que pudo entrever por el cuello, una chaqueta de cuero gastada pero bonita, que en lugar de distintivos de bandas o clubes lucía en las mangas un estampado de cuentas y conchas. No llevaba guantes y vaya si recordaba sus manos... Le hubiera gustado cogerle la mano y llevársela a la nariz. Tenía la piel manchada, pero no de nicotina. ¿Qué tipo de trabajo dejaría las manos moradas? Como el tinte que se usa para estampar el grado de calidad de la carne.

Connie endureció el tono de voz.

—¿Cuánto tiempo piensas seguirme?

—Preferiría hablar contigo en tu casa, si me permites.

Luciente dio un paso atrás en el momento en que un camión pasaba ruidosamente. Se tapó la nariz.

—No. ¿Por qué haría una cosa así? ¿Quién eres?

—Ya sabes mi nombre, Connie. Luciente.

—Chico listo. ¿Qué quieres de mí?

Con los ojos llorosos, él sacó del bolsillo un pañuelo grande y alegre, con un sofisticado estampado, y se secó los ojos llorosos con toques delicados.

—Eres una persona extraordinaria. Tu mente es extraordinaria. Eres lo que llamamos una persona captadora, receptiva.

—¿Te gustan las mujeres mayores? —Había escuchado hablar de gente así pero nunca se lo había creído. Tenía miedo pero también estaba intrigada.

—¿Mayores? —Luciente rio—. Claro, solo mujeres mayores de setenta. Tendré que esperarte. Dime, ¿tanto miedo doy? Yo en realidad no soy persona captadora, soy lo que llaman persona emisora.

No dejaba de mirar fijamente los coches que pasaban, los edificios a izquierda y derecha, arriba y abajo, como un jíbaro que acabara de bajar del avión; como su abuela, que se lanzaba a la calle en el centro de El Paso persignándose, negándose a mirar los coches, y dejaba la acera atrás precipitadamente, como si se zambullera en aguas profundas.

Está loco, pensó. Eso es lo que pasa. Apuré los pasos hacia la estación de metro.

—Estoy yendo demasiado deprisa con demasiadas cosas, pero ¿por dónde comenzar para que comprendas? Así te relajas y empiezas a interver. Una persona captadora tiene la mente y el sistema nervioso abiertos, receptivos, con un alcance fuera de lo común... Es un tránsito muy difícil de explicar. —Pasó un *jet* y se detuvo a mirarlo boquiabierto hasta que un edificio le obstaculizó la vista—. Para explicar algo exótico, la cosa y el vocabulario con el que hablar de la cosa tienen que transmitirse a la vez... Su vocabulario es muy pobre cuando se trata de describir estados mentales, habilidades mentales y actos mentales...

—¡Estuve dos años en un instituto de estudios superiores! No vengas a decirme nada sobre mi pobre vocabulario solo porque sea *chicana* y viva de ayudas. ¡Apuesto a que he leído más que tú!

—Me refería al vocabulario de ustedes, en plural, perdona. Una carencia que permanece en nuestro lenguaje, aunque hemos reformado los pronombres. Por «su» lenguaje me refería al tiempo de ustedes, su cultura. No intentaba chicotearte. Créeme, Connie, tengo mucho respeto por ti. Hemos estado intentando establecer contacto durante tres meses antes de arriesgarme con tu mente. Tienes una capacidad extraordinaria para captar. En nuestra cultura tendríamos una gran admiración por ti, cosa que supongo que no pasa en esta, ¿no?

—¡Su cultura! ¿Pero en qué andas, en una de esas bobadas del orgullo de *La Raza*? ¿Lo del viaje a las raíces aztecas y todo eso?

—Ahora me falta vocabulario. —Luciente intentó cogerla del brazo, pero ella lo esquivó—. Tenemos que esforzarnos por comunar, porque tenemos unos marcos muy distintos de lucidar. Pero que nos «veamos» mutuamente, ¡eso fijo que me da onda, cierto! —Dos taxis frenaron en seco en la esquina a punto de chocar. Luciente se puso a balbucear.

—¿De dónde eres entonces? ¿De los altos Andes?

Luciente hizo una mueca.

—En espacio no tan lejos. De la bahía de Buzzards.

Cada vez que llegaban a una calle, Luciente parecía casi perder el control. Seguro que se había escapado del psiquiátrico de Bellevue. Suerte la de ella. No dejaba de mirar calle arriba y a los lados y luego intentaba controlarse. Estaban casi en la Sexta Avenida cuando él dijo:

—Mira, tengo que irme. Este lugar me enerva. El aire es inmundito. El ruido me sacude hasta los huesos. ¡Admiro tu compostura! Piensa en mí cuando estés en solitario, ¿sí?

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¡Estás chiflado, loco como un somorgujo, como dicen aquí!

Luciente esbozó una sonrisa radiante, apretándole la mano en su puño cálido y seco.

—¿Alguna vez has visto un somorgujo, Connie? Lo loco es el sonido que emiten. Son pájaros de aspecto simple pero gráciles que planean con solo la cabeza fuera del agua. Como las tortugas, nadan bajo. Quizás pueda mostrarte somorgujos cuando migran... ¡No me temas! Siento que tienes enemigos, cierto, pero yo no lo soy... ¡Necesito tanto tu ayuda! Pero no intento hacerte ningún daño. —Y con esa frase Luciente desapareció abruptamente.

Hasta que no estuvo dentro del vagón, apretujada, no se atrevió a acercarse cuidadosamente a la nariz la mano que él había sujetado. Sí, ese aroma químico. Tuvo miedo.

Se bamboleó en pie entre la gente que tenía a derecha, izquierda y detrás, apretando la cartera y el *Daily News* contra el pecho con una mano, mientras que con la otra apenas alcanzaba la correa de arriba. Luciente tenía razón con lo que había llamado su parte... receptiva. Le pasaban cosas que le daban náuseas. Nunca hablaba mucho de esos sucesos; solo un poco a Dolly, que consultaba a videntes y compraba hierbas en la *botánica*, a pesar de hablar español casi tan mal como su padre, Lewis, que se enorgullecía de haberlo olvidado. A veces Connie se daba cuenta enseguida de cosas de los demás que no tenía por qué saber. Supo que Luis iba a abandonar a una de sus mujeres antes de que él lo decidiera. Su esposo Eddie la había llamado bruja más de una vez; por ejemplo, cuando había estado con otra mujer y llegó a casa con esa presencia y el orgullo y la culpa titilando a su alrededor como pequeñas llamaradas de azufre.

—¿Quién te vino con ese chisme? ¡Esas mujeres chismosas! ¡Lo único que hacen en todo el día es escuchar mentiras!

—¡Tú me lo has dicho! ¡Tú mismo me lo has dicho ni bien entrar!

Sabía no era. Nunca había podido predecir, ni para ella ni para los demás. Había intentado leer la fortuna y siempre se equivocaba, y sabía de corazón que solo estaba adivinando. El otro suceso no era algo que ella hiciera a voluntad, no más que la voluntad que podía tener de ver una rata escabulléndose por el pasillo. La información le entraba

como le entraba el sonido por las orejas. Muchas veces, cuando Eddie estaba a punto de golpearla, lo presentía y se cubría antes de que él alzara la mano para lanzarle un puñetazo. Si eso era un don, no veía qué bien le había hecho. Cuando Eddie iba a golpearla, la golpeaba igual. A lo mejor tenía un instante para levantar un brazo y cubrirse la cara, pero si la derribaba a golpes le dolía igual. Sus moretones eran igual de dolorosos y humillantes. Sus lágrimas eran igual de amargas.

Saber que Eddie había estado con otra mujer no había hecho que él la amara, no le había devuelto a su piel ese fuerte toque picante que lo había atraído durante un tiempo, no había hecho que él quisiera llevarla en brazos a la cama. Solo significaba que ya no tendría el consuelo que sentía en las pocas ocasiones en que él la trataba con dulzura, solo porque quería algo de ella. Leer el menosprecio que sentía por ella había transformado el amor en ácido en sus venas. Había conseguido que su matrimonio durase un poco menos de lo que podría haber durado.

Le habría venido bien algo de la resignación de su madre. Cuando luchaba contra su duro y amargo destino, parecía que solo era para acabar más golpeada, más humillada, y para quedarse más pronto sola –después de que Eddie saliera por la puerta–, sola con su hija Angelina y sin hombre, sin trabajo, sin dinero, embarazada del bebé que tuvo que abortar. Era tarde para un aborto, estaba de más de tres meses, y había sido muy duro. Cuando el médico le dijo que era un niño, tuvo una amarga sensación de victoria. De hecho, había ido al bar donde solía ir Eddie, había entrado con decisión y se lo había dicho. Entonces él la había golpeado por última vez.

Persona captadora, así la había llamado el *cholo*. Lo despectivo de la palabra la crispaba, y dejaba en su mente una huella de orgullo herido, como el rastro de una babosa. Como los negros llamándose mutuamente *nigger*. Le enfadaban los aires de Luciente, su hermoso acento con ese tono agudo de voz. «Por "su" lenguaje, me refería al tiempo de ustedes, tu cultura...». ¿Qué tramaba? ¿Qué esperaba sacar de ella? Si lo que quería era su cheque de la asistencia social,

con un golpe en la cabeza le bastaba. Estaba asustada. Había conseguido que borrara a Dolly de su mente, haciéndole sentir envidia por las penas de Dolly, antes de verse en este misterio que seguramente escondía una maldad normal y corriente, como una cucaracha debajo de un plato.

Receptiva. Como pasiva. Consuelo la mexicana sumisa, vestida de negro con los ojos abatidos, la que nunca hablaba si no le dirigían la palabra. Su madre arrodillándose frente a la virgen negra. No era que su madre, Mariana, hubiera vivido como una campesina. Mariana había crecido en un pueblo cerca de Namiquipa, Los Calcinados, y había emigrado con su familia a Texas para trabajar en el campo. En El Paso, Mariana había conocido al padre de Connie, Jesús, y había parido a los tres primeros hijos que sobrevivieron: Luis, el primero y el más importante; luego Connie; después su hermano Joe, su favorito, que murió justo después de salir de la prisión de California, el más cercano a ella en edad y temperamento. Y en derrotas.

Cuando Connie tenía siete años se mudaron a Chicago, donde llegaron Teresa e Inez, y el último hijo varón, nacido muerto. El bebé casi arrastra a Mariana con él. Mariana no se recuperó nunca. En el hospital le quitaron el útero. Más adelante eso se transformó en una maldición que Jesús le echaba en cara: ya no era una mujer. Una carcasa vacía.

Agotada, se arrastró escalones arriba en Lexington con la 110. *PASAJES SEGUROS* podía leerse en la ondeante marquesina. Era un sueño. Bajó la mirada y se vio con un maltrecho abrigo verde. Estaba esterilizada, ella también. Le habían sacado el útero en el Metropolitan después de que llegara sangrando por el aborto y las palizas de Eddie. Le habían hecho una histerectomía completa, innecesaria, porque los residentes querían practicar. Nunca más tendría que temer un vientre hinchado; nunca más tendría la esperanza de un bebé. Una rabia inútil la atravesó como una granizada, y giró la cara sin mirar, siguiendo un aroma agradable. *Cuchifritos, jugos tropicales, frituras*. Cruzó Lexington a la altura del local anunciado como COBRO DE CHEQUES,

VALES DE COMIDA, FACTURAS DE SERVICIOS, donde cobraba sus cheques de la asistencia social. Oficina de correos de Hell Gate.

Sentía las rodillas como chicles, le dolían las lumbares. Un viento procedente del East River le golpeaba la cara. El oscuro ferrocarril, como murallas de una ciudad antigua, los coches corriendo por túneles subterráneos. El hogar era al menos un refugio, como el de un ratón en su agujero. Meterse dentro y derrumbarse. Sin embargo, ahí tampoco estaba a salvo de Luciente, igual que en su apartamento de Chicago no había estado a salvo de El Muro, a quien le bastó chantajear al portero para conseguir las llaves. «He vivido en tres ciudades», pensó mientras giraba hacia la Calle 111 con sus tres líneas rectas, que ahora veía desde abajo. Unos niños jugaban en la calle: Escuela Primaria 101; las madres iban a buscar a sus pequeños a la guardería de la iglesia con forma dentada que estaba frente a ella, la Metodista Española. Tambores por todas partes. Era primavera, aunque apenas podía creerlo; retumbaba el sonido de la salsa tanto como el estruendo del tráfico: el latido rugiente del gueto.

Se recordó a los quince años en la cocina del apartamento sin pasillo del Near West Side, en Chicago, apoyada con firmeza en el fregadero, vestida con vaqueros y un suéter rosa fluorescente. Podía recordarse a los quince y todo era igual, solo que más ruidoso, más preciso.

—¡No voy a crecer como usted, *Mamá!* Para sufrir y servir. ¡Nunca vivir mi propia vida! ¡No lo haré!

—Harás lo que hacen las mujeres. Pagarás la deuda con tu familia de sangre. Y ojalá ames a tus hijos tanto como los amo yo.

—¡Usted no quiere a las chicas igual que a los chicos! Todo es para Luis, y para mí, nada; siempre ha sido así.

—¡No me alces la voz! Se lo diré a tu padre. Hablas como las hijas esas de los mafiosos.

—Soy buena estudiante. Voy a ir a la universidad. ¡Ya verá!

—¡Los libros te están poniendo enferma! ¿La universidad? Ni siquiera Luis puede.

—¡Pero yo sí! Conseguiré una beca. No me quedaré tirada y enterrada en la rutina de la familia, ¡la familia, la familia! ¡Estoy harta de esa palabra, *Mamá!* Nada más en la vida que tener bebés y cocinar y cuidar la casa. *Mamacita*, créame; *óigame, Mamá*, ¡yo la amo! Pero yo voy a viajar. ¡Voy a ser alguien!

—Para una mujer no hay nada que ver más que problemas. Ojalá nunca me hubiera ido de Los Calcinados. —Mariana cerró los ojos y Connie pensó que estallaría en lágrimas. Pero solo suspiró—. He visto cientos y cientos de kilómetros de un país extraño lleno de gente extraña y violenta. Ojalá nunca hubiera llegado a ver la carretera que salía del pueblo en que nací.

De su madre había heredado la apariencia maya de la cara, la barbilla pequeña, la nariz sensual, los ojos almendrados. Esa cara que había viajado lejos, siempre en tercera clase. Sabía que la familia de su madre era originaria de Campeche, cerca de Xbonil. Los problemas los habían empujado hacia el norte, y más al norte, y al norte una vez más, generación tras generación arrastrándose rumbo al norte hacia el frío, hacia el cautiverio; los *desmadrados*: separados demasiado pronto de la madre, o hijos de madres que no podían criarlos. Su propia madre había muerto cuando Connie tenía veinte años, el año de su primer aborto. Año sangriento. A los quince, a los diecisiete, le había gritado a su madre como si el rol de la mujer mexicana que nunca se sentaba con la familia, que comía después como una sirvienta, lo hubiera inventado ella. Había enumerado a gritos cuánto mejor sería su vida, hasta que vino su padre y le hizo sentir la fuerza de sus puños. Sí, igual que las profesoras a las que tanto admiraba en la secundaria, ella no se casaría hasta que fuera vieja, incluso hasta los veinticinco. Como la señora Polcari, solo tendría dos hijos y los tendría siempre aseados como niños de anuncio. Esas bellas habitaciones, esos hombres de apariencia limpia que llevaban trajes, esos preciosos bebés higiénicos, nada que ver con Teresa o Inez cuando le tocaba cambiarlas y limpiar la comida que habían desparramado.

Sin embargo, recién ahora entendía, subiendo las escaleras de entrada de su casa, cuánto había deseado la aprobación de su madre. Su consuelo. Había querido que Mariana la acompañara en su búsqueda de conocimiento y de una forma de vida mejor. Nunca había recibido mucho amor maternal, había crecido con hambre de maternidad. Ser amada como lo era Luis. Solo la niña más pequeña, Inez, había tenido algo así. Después de que le hubieran robado el útero, Mariana había prodigado su afecto a la más pequeña.

Entonces, ¿quién era la tonta en verdad? ¿Ella a los quince años llena de planes y de fuego, o la mujer de treinta y siete que había abandonado toda posibilidad de hacer planes? La desesperación la había manchado con una estela sombría y le había arrebatado todos sus planes y sus ideales de manual.

En el buzón encontró una carta de Teresa, casada, cuatro hijos, que vivía en Chicago, unos cuantos kilómetros al oeste del apartamento de su infancia. Teresa vivía cerca del antiguo aeropuerto de Midway, en una casa pequeña de una calle con casas como cajas idénticas. ¡Que Connie se burlara era una absurdidad! ¿Acaso ella no vivía en una chabola maloliente? Teresa le decía, con sus grandes letras todas del mismo tamaño: «El pequeño Joey está enfermo con un resfriado y dolor de garganta otra vez, el pobre. Parece que es una detrás de otra. Odio verlo tan enfermo. Laura también lo tuvo pero no tan grave, es grande para su edad y bien fuerte. El doctor dice que a lo mejor le tienen que sacar las amígdalas. Espero que no, no solo por el gasto, aunque es carísimo, sino por lo doloroso que es. Que los niños tengan que ir al hospital. He estado yendo a misa siempre que he podido, salvo muchas veces que no puedo salir de casa por los niños. No quiero tener que llevar a Joey al hospital y dejarlo ahí.

»El cumpleaños de Marilyn es el 28 de abril, sé que te acuerdas. Lo que más le gusta son las muñecas con el pelo de verdad, de ese que puedes lavar y peinar...».

Connie dejó la carta sobre la mesa de la cocina. A ver, ¿qué pensaba Teresa que podía hacer ella? No podía conseguir dinero para ningún tipo de regalo. No había tenido dinero para un regalo de cumpleaños ni de Navidad desde que los habían arrestado a Claud y a ella, hacía casi cuatro años. Teresa se había casado joven, en la secundaria, y no había trabajado nunca. Su marido conducía un autobús. A Connie le gustaba recordar a sus sobrinas y sobrinos, y cuando trabajaba solía enviarles regalos dos veces al año, a los dos, y llevaba juguetes y ropas bonitas a las distintas familias de Luis, todas convenientemente afincadas en el área metropolitana de Nueva York. La esposa número uno -Carmel, de Puerto Rico- estaba en el Bronx. La número dos -Shirley, la italiana- estaba en Staten Island. La número tres -Adele, la blanca, anglo y protestante- estaba con Luis en Bound Brook, Nueva Jersey. Ojeó el resto de la carta en busca de catástrofes y decidió leerla detenidamente más tarde. Le urgía volver a salir, cansada como estaba. Si se acostaba se deprimiría aún más. Encendió la luz de la cocina. La tarde se volvía densa en las calles ruidosas.

En el refrigerador encontró frijoles pintos con salsa de chile; aún podían comerse. A los frijoles recalentados les añadiría un par de huevos fritos. Estaba cansada de los huevos, tenía hambre de carne. ¡Cómo le gustaría hundir los dientes en una chuleta de cerdo! La boca se le hizo agua con una vana esperanza. Encendió el pequeño televisor en blanco y negro que se pasaba el día cargando de la habitación a la cocina. Las noticias. Escuchó a medias; lo había puesto con el volumen bajo. El aparato le hacía compañía, era una voz humana, o casi humana. Solía dejarlo encendido incluso cuando cocinaba o leía. Era su familia, le dijo una vez con ironía a la señora Polcari, que la había mirado desconcertada.

Removió los frijoles lentamente mientras esperaba a que hirviera el aceite de la sartén para echar los huevos. No tenía ninguna prisa. ¿Por qué iba a tenerla? Abajo en la calle la tarde zumbaba al ritmo de tambores agudos y graves, una marejada creciente de trapicheos de

sexo y drogas, el esfuerzo de jóvenes y no tan jóvenes por apuntarse un tanto, por chingar. A fuego lento, con leves burbujas elevándose en el aire denso, el sexo y el tráfico animaban El Barrio. En miles de encuentros –accidentales, accidentales a propósito, clandestinos, citas y cortejos– los hombres recogían a las mujeres en las esquinas, los portales, los apartamentos familiares, las parejas bajaban escaleras deterioradas hombro con hombro, iban a restaurantes y al cine y a los bares y a bailar. Mujeres que sin dinero hacían milagros frente a espejos borrosos, arrugando la frente en un gesto de concentración, mientras esperaban la llegada de los hombres. Parejas que se subían a coches y se lanzaban hacia la noche. Parejas que compraban costillas asadas y *chicharrones*, que llevaban cervezas y cajas de comida chino-cubana escaleras arriba rumbo a sus habitaciones. Hombres que se encontraban con sus traficantes y sus narcos, o no los encontraban y se convertían en cenizas. En las terrazas se soltaban palomas que revoloteaban en círculos, como pañuelos limpios volando entre las chimeneas donde los críos se excitaban y se chutaban y paquetes y dinero pasaban de mano en mano.

Esa energía de las calles la acariciaba con una electricidad estática. Anhelaba dirigirse hacia alguien. Deseaba tener alguien a quien poder visitar, alguien con quien encontrarse, alguien que viniera a verla; ansiaba ser tocada y abrazada. ¡Hacía tanto! Quizás nunca más.

¿Para qué vivía? Los frijoles se estaban pegando al fondo de la cazuela; bajó el fuego y los removió. ¿Para proteger a Dolly? ¿Podía proteger a Dolly, en verdad? ¿Por la fantasía de recuperar a su hija algún día? Que ya no la reconocería. Esta es la mujer de quien el tribunal creyó conveniente separarte, tu madre mala, loca y criminal. Cuánto había llorado Angelina. Tan pequeña, tan delgada, y tantas lágrimas. Tantas lágrimas.

«Soy demasiado orgullosa para suicidarme. Demasiado orgullosa para ver cómo me muero de una sobredosis», dijo en voz alta. Subió el volumen de Walter Cronkite y se sentó a cenar con él. No es que él

fuera a cenar con ella por voluntad propia, pero encajado en su televisor con su cara pública ocupando la pantalla, no tenía otra elección. «¿Un poco de chile, Walter?». Extendió un tenedor con los dientes doblados. ¡Ojalá! Si al menos tuviera un vaso de vino tinto. Hasta una cerveza sabría bien y difuminaría los bordes afilados, pero solo tenía coca cola de marca blanca, y más bien poca. Hubo una época en que compraba el *New York Times* cada noche, cuando trabajaba como secretaria (secretaria-amante digamos) del profesor Silvester de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, un corto período de tiempo –como sus casi dos años en el instituto de estudios superiores– en que había sido feliz. Había conseguido el trabajo al poco tiempo de llegar a Nueva York desde Chicago. Le encantaba ser secretaria (deberíamos decir, secretaria-amante-chica de los recados-lavandera-criada-asistente de investigación) del profesor Everett Silvester. Era civilizado. Si cerraba los ojos en el punto exacto, era casi donde quería estar.

«De hecho, me recuerdas al profesor Everett Silvester», le dijo a Eric Severeid, y quitó el volumen. Eric ponía caras de pescado en la tele y ella sonrió mientras rebañaba los huevos y los restos de frijoles con una costra de pan. Eric había estado hablando pestes de los sindicatos, diciendo que eran unos avariciosos. A Everett Silvester le gustaba echar pestes del mundo, a una cosa por vez. Una pelea se colaba por la pared desde el apartamento de al lado, una pelea en español sobre un tema de dinero. Volvió a subir el volumen a pesar de que ahora salía la publicidad de una compañía petrolera en donde se veía un océano repleto de peces cantarines. Finalmente extendió su *Daily News* y le echó una ojeada.

UNA JOVEN DISPARA A UN MÉDICO
EN UNA DISPUTA AMOROSA EN L.A.

Sonrió, apoyando la pequeña barbilla en la mano. Se vio a sí misma entrando decidida en el apartamento de Everett en Riverside Drive y sa-

cando una de esas pistolas baratas de una andrajosa bolsa de la compra. Ay *Mamá*, cómo se asustaría; se cagaría en los pantalones de terror. ¿Le pedirían los periodistas que se sentara sobre la mesa mostrando las piernas? Sería sórdido pero bastante satisfactorio meterle unas cuantas balas, a su antojo y con meticulosidad económica, al profesor Everett Silvester del Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, a quien le encantaba tener una secretaria hispanoparlante, es decir, una nueva cada año, a la que echaba cuando se iba de vacaciones de verano. Él las llamaba a todas *Chiquita*, como la marca de bananas. Desde entonces le habían pasado por encima tantos años que tal vez el profesor Silvester no la reconocería, la confundiría con alguna otra secretaria latina sexi de algún otro año. La rabia de los débiles no desaparece jamás, profesor, solo le sale algo de moho. Enmohece como un hermoso queso azul en la oscuridad, volviéndose más fuerte y más interesante. Los pobres y los débiles mueren con su rabia intacta y probablemente esas rabias continúan creciendo en la oscuridad de la tumba como las uñas y el pelo.

Ay, tendría que estar pensando en Dolly. Dolly tenía que dejar a Geraldo; ¿y qué haría para ganar dinero? Intentar sacarle dinero a Luis era como exprimir jugo de naranja de un sujetapapeles... Dolly y ella vivirían juntas. Este lugar les quedaría pequeño, pero alejaría a Dolly de Geraldo y después podrían buscar un apartamento juntas. Dinero. ¿Cómo conseguir dinero? Volvería a despertarse en una casa con niños. Ayudaría a Dolly durante el embarazo y cocinaría y limpiaría y le frotaría la espalda. Pero ¿confiaría Dolly en ella? Dejar a tus pequeños con una maltratadora, ¡qué vergüenza! Así la haría sentir Luis. Carmel sacudiría el pelo de un lado al otro con altivez, un poco celosa, un poco aliviada. Carmel trabajaba en un salón de belleza y siempre llevaba el pelo de algún nuevo color fluorescente, con unos rizos que parecían las virutas de colores que adornaban las cestas de Pascua, pero se pasaba diez horas al día de pie en medio de chorros de aire caliente, tardes incluidas, solo para ir tirando. Muy

poco era lo que sacaba de Luis, a quien había amado de verdad pero nunca había conseguido que se casara con ella legalmente. Había sido su pareja de hecho, un casamiento consensuado que toda la familia había considerado un matrimonio perfecto hasta que los abogados de la familia de Shirley demostraron que no había existido nunca.

Una vez, cuando Connie tenía diez años, su padre, Jesús, les había traído cestas de Pascua, pequeñas canastas de la tienda de cinco centavos llenas de celofán triturado y grajeas púrpuras y un conejo de chocolate envuelto en aluminio. Esta noche le vendría bien algo dulce, un conejo de chocolate, incluso unas grajeas púrpuras. Encendió su cigarrillo de después de cenar e hizo *zapping* por todos los canales. Nada. Tosiendo desde lo más profundo de su pecho, pasó las páginas arrugadas del periódico, buscando algo que le llamase la atención.

Se sentía tan sola, tan consciente de estar sola este viernes a la noche con la primavera colándose entre los edificios, que cuando se hubo fumado el cigarrillo hasta el filtro, apoyó la cara sobre el codo doblado y cerró los ojos. Olor a tinta de periódico. Le había pedido que pensara en él. A saber qué quería... Matarla, y entonces todo se habría acabado por fin. Cerró los ojos y trató de no pensar en nada mientras ante ella pasaban restos de aquel día como fognazos de luz. La cara de Dolly frunciendo el ceño con preocupación. Después vio aquella cara india. No le importó. Pasiva. Receptiva. Aquí estaba, abandonándose otra vez a la voluntad más fuerte de un hombre más. Dejándose utilizar, esta vez ni siquiera por algo tan simple como sexo, comida o consuelo, sino por algo turbio. Algo que solo podía ser malo. A pesar de todo, se vio a sí misma concentrándose en esa cara, esperando.

Quizás una vida puede estar tan hecha jirones que hasta el desastre te hace señas para que te acerques; solo que esta vez lucía un rostro distinto a la habitual mueca agorera. «Ven, pues, Luciente. ¿Ves?, esta vez puedes venir sin que esté dormida o colocada». Había

encontrado una nueva forma de estar loca. Después de todo, ya no tenía una niña pequeña a la que castigar por ser su hija.

Aun así, dio un respingo cuando una mano intentó darle un golpecito en el hombro.

–Gracias, Connie. Mucho más fácil así.

–¿Más fácil para qué? ¿Para robarme? ¿Para matarme? –Se levantó, echándose el pelo hacia atrás.

Luciente cogió la silla donde siempre se sentaba la señora Polcari.

–Por favor, me avergüenzas. No entiendo qué hago para asustarte. Dime cómo hacer para que sientas menos... ansiedad.

–¿Cómo? Pues muy fácil. ¿Qué quieres? ¿Cómo entras aquí?

–Obviamente esto de poner un mantel sobre el compost no está haciendo ningún bien. Intenta crearme. Lo digo sabiendo que no lo harás. –Luciente rio como un niño, enseñando una hilera de sólidos dientes de marfil–. No soy de tu tiempo.

–Claro, eres de Marte y viniste en un gran platillo verde. Lo leí en el *Enquirer*.

–¡No, no! Soy de Mattapoisett, un pueblo de Massachusetts. Solo que vivo allí en 2137.

Connie se rio por la nariz. Se tiró el cabello hacia atrás.

–Y viniste hasta mí volando en tu máquina del tiempo.

–¡Sabía que pasaría esto!

Luciente se encogió de hombros y alzó los brazos con desesperación. Esta noche llevaba un anillo con una piedra azul con el que jugaba dándole vueltas y vueltas al hablar.

–En realidad... no estoy aquí.

–¿No me digas?

–Tú y yo ¡estamos en contacto! No estás alucinando. Si alguien más puede verme, eso no lo sé. Francamente, este... contacto es experimental. Es incluso, cachái, potencialmente peligroso; para ti y para mí, quiero decir. Por favor, no te asustes otra vez. Estás más contenta cuando te pones sarcástica.

—A ver si lo entiendo. Eres del futuro y has escogido visitarme a mí, naturalmente, en lugar de al presidente de Estados Unidos, porque soy una persona importantísima y maravillosa.

—Cierto que no hubiéramos escogido a esa persona por motivos políticos, según entiendo la historia de tu tiempo. ¿Alguien que toma decisiones en un sistema jerárquico? ¿El *Establishment*, lo llaman? Eso ya lo sé, a pesar de que no soy estudiante de su historia. En realidad me dedico a la genética de las plantas.

—¡Coloración de células! —Connie le señaló las manos. En su primer año del instituto de estudios superiores había tomado un curso de biología.

—Estoy trabajando en una cepa de calabacines resistente a una mutación de un tipo de barrenador que puede penetrar tallos bastante resistentes cultivados hace quince años.

—¿Tienes título universitario? —Quizás no la golpeará ni le robase y se limitará solo a una esclavitud refinada, como el profesor Silvester.

—¿Qué es eso?

Se miraron mutuamente en una confusión compartida.

—Donde se va a estudiar. Para obtener un grado —espetó Connie.

—¿Un grado de temperatura? No... como sociedad jerárquica, ¿tienen ustedes grados de rangos? ¿Como lores y condes? —Luciente parecía abatido—. Lo de estudiar, lo entiendo. Yo, cabalmente, ¡estudí con Rosa de Ítaca! —Hizo una pausa esperando algún elogio, después se encogió de hombros, un tanto alicaído—. Obviamente ese nombre no significa nada para ti.

—Vale, ¿adónde vas a estudiar? A la universidad. ¿Y qué te dan si consigues terminar? Un título de grado. —Connie encendió un cigarrillo.

Luciente se puso de pie de un salto y retrocedió:

—¡Eso sé lo que es! Te lo imploro, apágalo. Es venenoso, ¿no lo sabes?

Ella lo miró boquiabierto. Parecía aterrorizado, como si sostuviera una bomba; estaba tan asustado que su mano buscaba a tientas detrás de la espalda el picaporte de la puerta. Desconcertada, apa-

gó el cigarrillo; una vez que desapareció el humo, él se aproximó cautelosamente a la mesa agitando las manos descontroladamente.

—Estudiamos con cualquier persona que pueda enseñarnos. Empezamos a aprender en nuestra aldea, naturalmente. Pero después del nombramiento vamos adonde sea necesario para aprender, aunque solo si no se sobrepasa la cantidad de personas que pueda asumir quien enseña. Esperé dos años hasta que Rosa me aceptó. Adónde vas depende de lo que quieras estudiar. Por ejemplo, si me atrajera el cultivo oceánico habría ido a la isla de Gardiners o a Woods Hole. A pesar de que vivo cerca del mar, soy una persona más de plantas de tierra. —Luciente se dio con las manos en las mejillas—. ¡Parloteando sobre mí! Distráigo. Debe haber algún lugar por donde empezar; quizá pueda descubrirlo, aunque sea por accidente. Bueno, al menos ya no me temes.

—Entonces, ¿quieres cola? ¿O un café quizás? Vino no tengo. Cerveza tampoco. A menos que los refrescos también te asusten...

—Nada, gracias. Comí antes de venir. —Esbozó una amplia y tímida sonrisa, tocándole la mano—. Además, confieso que me da miedo comer aquí. ¿Verdad que no son ciertos esos cuentos de terror de nuestra historia? Que la comida de ustedes estaba llena de químicos venenosos, nitritos, residuos hormonales, DDT, hidrocarburos, benzoato sódico; que comían comida saturada de conservantes...

—¡Algunas personas, como yo cuando tengo algo de dinero, cocinamos muy bien! Yo te cocinaría un plato que te morirías de ganas de repetir.

—No tenía intención de herir tus sentimientos, Connie. No tengo duda de que muchos de los relatos que escuchamos son burdas exageraciones. Como la idea de que ustedes —no me refiero a ti, particularmente— tiran la mierda en el agua potable.

—¡Nunca escuché semejante tontería! —Connie se puso de pie con impaciencia y abrió el grifo del fregadero—. Esto es agua potable. —Luego lo arrastró del brazo y lo condujo por el pasillo. Luciente permaneció inmóvil con aprensión hasta que ella dijo—: No hay nadie.

Entonces él se escabulló nerviosamente tras ella mientras ella abría la puerta y le enseñaba el lavabo. Ojalá estuviera más limpio. Le dio un poco de vergüenza. El resto de la gente que lo usaba no lo limpiaba nunca, y ella maldecía mientras limpiaba por todos ellos una vez a la semana. Tiró de la cadena del lavabo como demostración.

—¿Ves? Cae y se lo lleva todo.

Siguiéndolo de regreso al apartamento, se mordió los labios con satisfacción mientras cerraba la puerta como hacía siempre: primero la cerradura de tambor, luego el cerrojo de seguridad Fox con la barra de metal que encajaba en el suelo. ¡Al fin se apuntaba un tanto! Entonces se dio cuenta de que su reacción solo tenía sentido si era tan inocente y tan idiota como para creer en el cuento de hadas de Luciente.

—¡Así que eso es un retrete! —Luciente se rascó la cabeza, haciendo volar sus largos y espesos cabellos negros—. ¡No puedo creerlo! Entonces todo es verdad.

—¿El qué es verdad? El agua sale del grifo del fregadero. Luego usas el retrete y el excremento se va.

—¿Y la basura? ¿Adónde van a parar los desechos de la comida?

—La meto abajo en los contenedores. Créeme, alguna gente de por aquí la tira desde la ventana. Pero ¿por qué vivir rodeado de tu propia basura? Sería capaz de llevarla hasta el centro y ponerla en el ayuntamiento, para enseñarles a mejorar su sistema de recogida de basuras. En los barrios blancos, ya te digo yo que no se ahogan en su propia basura. En verano, ¡cómo huele! Allí en los departamentos de los blancos, tienen un portero que recoge la basura en el pasillo. O si no, tienen un montacargas, que es un pequeño ascensor, y la basura baja hasta el sótano, y ahí el portero la recoge.

—¿Portero es el nombre de la tarea? ¿La persona que hace el trabajo de devolver la basura a la tierra?

—La mete en contenedores que hay en la calle y el ayuntamiento viene y se la lleva.

—¿Y qué hace el ayuntamiento con ella?

—La quema.

—¡Todo es verdad! —Gritó Luciente atónito. En un tono más bajo, añadió—: A veces sospecho que nuestra historia está infectada de propaganda. Muchas personas de mi generación y más aún de la de Liebre sospechan que la Era de la Avaricia y el Desperdicio está... burdamente exagerada. Pero, ¡quemar el compost! ¡Tirar la mierda en el agua que beberán otros seres corriente abajo! ¡Es el agua en la que han de vivir los peces! ¡En ríos cuyos estuarios y ciénagas son eslabones de toda la cadena alimenticia del litoral! ¡Ya verás cuando les cuente a Abeja y Liebre! Nadie me creerá. Esto demuestra que puedes ser lo bastante inteligente como para ver el escalón intermedio y caerte de cabeza de un salto.

—Muy bien, sabelotodo. ¿Qué hacen ustedes con su mierda y su basura? ¿La mandan a la luna?

—La mandamos a la tierra. Hacemos compost de todo lo compostable. Reutilizamos el resto.

Connie frunció el ceño. Estaba intentando engañarla.

—¿Hablas de... excusados?

—¿Excusados? ¿Te refieres a estar exento? —Luciente puso cara de desesperación—. Se supone que no tenemos que bombardearlos con tecnología, pero esto es más de lo que puedo lucidar. —Levantó su reloj pulsera al oído para ver si funcionaba, moviendo los labios.

—Quiero decir como en lo de mi *Tío* Manuel en Texas, por ejemplo. Eran demasiado pobres como para tener tuberías. Tenían una letrina. Con moscas zumbando encima. Te sentabas sobre una tabla con un agujero y caía al suelo.

—Esa es la idea de un modo muy primitivo; quiero decir, rudimentario. Por supuesto que ahora —me refiero a nuestro tiempo— el compost se hace de manera centralizada, por grupos de viviendas, y, una vez que es seguro, se utiliza para cultivar.

—¿Intentas decirme que vienes del futuro? Mira, en cincuenta años se tomará la comida en píldoras ¡y ya nadie cagará!

—Eso se intentó al final de tu siglo: comida petroquímica. Tremendo desastre. Piensa cómo sufría la gente en tu tiempo al cambiar a una dieta con exceso de refinados: cáncer en el colon.

Connie soltó una risita.

—Pones una cara tan seria cuando hablas de comida y mierda que me recuerdas a Shirley, la segunda esposa de mi hermano Luis. Es fan de Adelle Davis.

Luciente negó con la cabeza con tristeza, los expresivos ojos oscuros humedecidos por la melancolía.

—Se me lucidó para esto, pero la mitad de veces no encuentro la puerta para entender lo que dices. —Se peinó los gruesos cabellos hacia atrás con los dedos—. Trabajé un semestre con otras nueve personas que eran emisoras expertas. Cierto que somos un plato variado. Hay una persona que cría pavos, una que ensaya con embriones, una buceadora de vivero acuático, una coordinadora de vuelo, una ritualista, una mentalista, una telemetrista, una cultivadora de escudos y una que estudia ballenas azules. La persona más joven tiene dieciocho y la mayor sesenta y dos. Desde la Bahía James hasta Poughkeepsie, toda nuestra región. Nos llaman el Proyecto Manhattan: es una broma basada en un grupo que...

—Sé lo que hizo el Proyecto Manhattan —dijo Connie con fría dignidad—. ¿Qué es lo que andan intentando hacer volar por los aires? ¿Todo?

—Es una chanza, sabes, porque ese fue un punto de inflexión en el que la tecnología se volvió una amenaza en sí misma... Porque somos una movilización de autoconocimientos... ¿mentales? Somos quienes viajamos en el tiempo por primera vez, cierto, ¡aunque en realidad no es que esté viajando a ningún lugar!

—Como el pájaro que vuela en círculos cada vez más pequeños hasta que se mete en su propio culo.

—Tenemos esa chanza también. —Luciente sonrió radiante—. No debemos enfriarnos mutuamente. Si eres paciente a pesar de que avance dando tumbos, tendremos éxito en intervernos y comprendernos. Alía —la persona que estudia las ballenas azules— me contó que después de pasar meses con ellas, solo puede autoconocer las emociones o los mensajes más simples. Esas largas óperas épicas que constituyen su principal pasatiempo siguen siendo un código cifrado para per. Después de una generación entera comunicando con el pueblo Yif no transmitimos más que código digital. Consideramos al pueblo Yif como superrracional, un mundo de gente matemática; y quizás es también así como nos visionan... En fin, si tú y yo chupamos paciencia, ¿podemos fracasar y no aclarar nuestro contacto? Solo hemos estado con esto unas pocas semanas, y mira qué claro y sólido estamos hablando. ¡Si lo trabajamos, oiremos cada vez mejor!

—¡Trabajarlo! —Connie rio entre dientes, recordando al profesor Everett Silvester en la cama, trabajando en el sexo. El cuerpo de Connie era un problema que él iba a resolver. El profesor hablaba siempre en términos de aprobar/suspender—. ¡Estás loco! ¿Lo sabes, no? Como si yo no lo estuviera también...

—¿«Loco»? No, en realidad nunca fui capaz. Liebre enloqueció a los trece y otra vez a los quince...

—Pero ¿quién es Liebre?

—Con Liebre somos compas de miel. También con Abeja. Liebre y Abeja también son famis... ¿de mi familia? Si trabajamos en esto, espero que te conozcan pronto. Aunque te rías de mí por hablar así de ello. Mi trabajo es terciopelo para mí. Y esto también me fascina. —Luciente le cogió las manos y se las apretó.

—¡El segundo mejor puesto para las ballenas azules y los Yif, sean quienes sean!

—No para mí, de verdad —le aseguró Luciente, afirmando vigorosamente con la cabeza—. Te veo como un ser con muchas llagas,

heridas, rabia sin descargar, pero una buena persona y abierta a la gente de par en par.

–¡Ja! ¿Sabes que soy una perdedora por partida doble? –Connie se liberó las manos de un tirón.

–Enciclopedia: define perdedora por partida doble.

Esta vez vio que lo que ella había tomado por un reloj de muñeca no era solo eso, o no lo era en absoluto. Luciente no lo levantaba hacia el oído para escuchar si funcionaba, sino porque la cosa hablaba en un tono apenas audible.

–¿Qué es eso?

–Mi cóner. ¿Conexión informática? En realidad también es una computadora, mi apéndice de memoria personal. No sigo muy bien lo que dices, pero yo cabalmente he hecho cosas de las que me arrepiento. Cosas que han hecho daño a otros seres. He estropeado experimentos...

–¡En estropear cosas soy experta!

Alguien aporreó la puerta. Luciente se puso de pie de un salto, mirando rápidamente alrededor.

–¿Quién es? –gritó Connie.

–¡Soy yo, Dolly! ¡Déjame entrar! ¡Rápido!

Luciente le dio un beso en la mejilla antes de que ella pudiera esquivarlo y salió a grandes pasos de la habitación, diciéndole apresuradamente por encima de su hombro delicado:

–¡Hasta pronto! Raspa cuando estés libre.

Se quedó de pie un momento para recomponerse. Dolly aporreaba la puerta y gritaba. Era un momento curioso para presentarse en casa de Connie, un viernes a la noche, cuando ella siempre tenía que trabajar. Mientras abría el cerrojo de seguridad, Connie sintió cómo se evaporaba la presencia de Luciente. Sacudió la cabeza como un perro saliendo del agua. Una vez Eddie había estado colocado durante veinticuatro horas después de fumarse una hierba impresionante...

Dolly entró como una exhalación por delante de ella, chorreando sangre de la boca partida.

Agradecimientos

La escritura de este libro ha precisado la ayuda de muchas personas, aunque a ninguna de ellas debe hacerse responsable de lo que he escrito. He contraído una gran deuda de gratitud con Michael Galen y todo el personal de RT: A Journal of Radical Therapy; con Nancy Henley, Phyllis Chester y Michael Brown; con Mary Waters y otros miembros del Frente de Liberación de los Pacientes Mentales. Al doctor Paul Lowinger, mi más profundo agradecimiento. Gracias también a Jon Levine; a Mary Lou Shields; a Rosario Morales; a Frank Mirer de Harvard y a Bernie Bulkin de Hunter College, quienes me ayudaron en lo concerniente al envenenamiento; y a todo el personal de HEALTHPAC y del Proyecto de Salud para la Mujer de Somerville, quienes me proporcionaron información y me ayudaron con los contactos.

Por encima de todo, le estoy agradecida a todas esas personas cuyo nombre desconozco y que me ayudaron a colarme en los lugares que quería entrar, así como a los pacientes o expacientes de las instituciones mentales que, dentro o fuera de ellas, compartieron conmigo sus experiencias. Gracias a los estudiantes de la Old Rochester Regional High School, quienes se mostraron divertidos por mi interés en Mattapoisett pero no por ello dejaron de ayudarme. Por último, estoy en deuda con los habitantes de Mouth-of-Mattapoisett, que tanto se esforzaron por hacerme comprender y que, por más que yo les pareciera lenta de mollera, siempre me dijeron que al menos lo intentaba.

M. P.

Notas de la traductora

Estamos más cerca de la distopía del capítulo 15
que de la utopía de Mattapoissett,
somos más Gildina que Liebre,
más Connie que Luciente.

¿Qué hemos aprendido?
Esto es la guerra, Carita.
«Un ejército de amantes no puede perder».
Despierta, Connie, despierta.

- En Mattapoissett no existe el género, por lo que procuramos utilizar género no binario en todo el libro, salvo cuando los personajes hablan en masculino o femenino, como se indica en el original. {El lenguaje no sexista es posible}
- Hemos traducido los nombres de los personajes, salvo cuando son nombres de personajes históricos.

- Hemos traducido los nombres de los lugares, salvo cuando existen en la geografía política.
- Los personajes latinos, negros y del futuro hablan una mezcla de español, inglés y latino de un lugar que no es uno, sino muchos, y por tanto no utilizan el “vosotros/vosotras”, sino el “ustedes”; los personajes blancos hablan español del reino de España. {El “español neutro” no existe}
- La traducción ha sido difícil; la corrección, dolorosa. Ambos han sido procesos colectivos: Hedda Katarina Olsson en la traducción, Arrate Hidalgo y Miguel Alpuente en la corrección. {El lenguaje es campo de batalla de la xenofobia y el racismo}

Imagen de cubierta

Carla Berrocal (1983) estudia ilustración y diseño gráfico en Madrid.

Escribe en *La Guía del Cómic* reseñas sobre tebeos, y colabora sobre el mismo tema en el programa radiofónico del Círculo de Bellas Artes. En 2004, publica su primer cómic y arranca su carrera profesional como ilustradora. En 2011 publica su primera novela gráfica *El Brujo* (Edicions de Ponent) y en 2016 *Epigrafiás*, un cómic experimental inspirado en la vida de Natalie Clifford Barney. Colaboradora de numerosas cabeceras y antologías, desde el año 2017 publica de forma habitual en el periódico del Ayuntamiento de Madrid *M21 Magazine*.

Traducción

Helen Torres es socióloga, educadora y traductora. Su trabajo se articula alrededor de la idea del lenguaje como tecnología de código abierto que genera realidad. Se ha especializado en el trabajo de Donna Haraway, de quien ha traducido al español *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio*. *HombreHembra@_Conoce_Oncoratón@* (1997), el «Manifiesto Chthuluceno desde Santa Cruz» (2016) y *Seguir con el problema* (consonni, 2019). Ha desarrollado intervenciones en el espacio público a través de narrativas sonoras y paseos literarios y da talleres de feminismo especulativo y ciencia ficción.

<https://helenatorres.wordpress.com/>

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2019 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, María Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, Orit Kruglanski, Pikara Magazine, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andujar, Verónica Gerber, Iván de La Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello / Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza...

Mila esker.

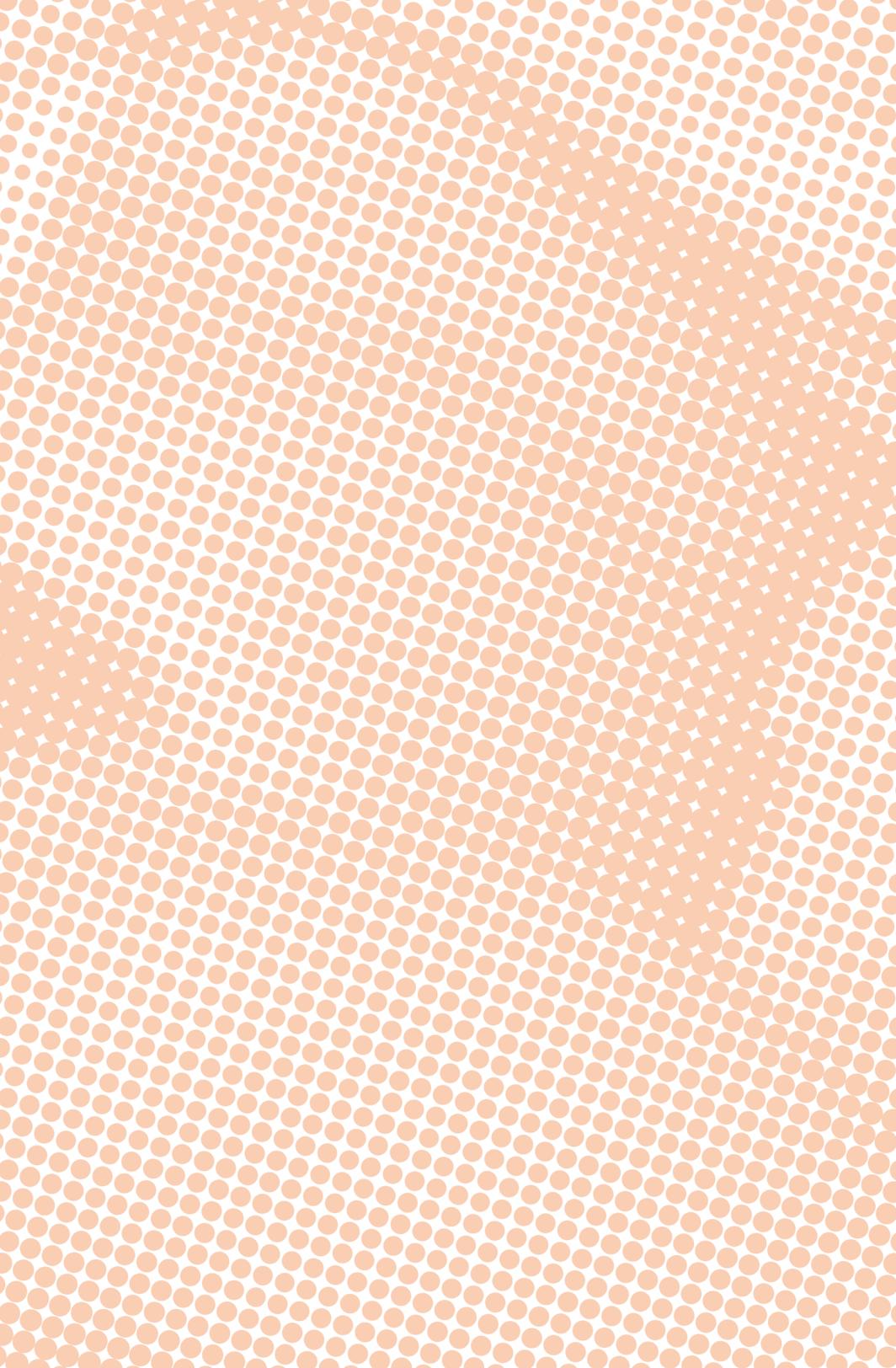
www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Mujer al borde del tiempo, el libro al completo estará en
librerías el 14 de enero del 2020





Mujer al borde del tiempo, de Marge Piercy, es una de las novelas más aclamadas de su género. A menudo se la compara con otras fantasías feministas de los setenta, como *Los desposeídos*, de Ursula K. Le Guin, o *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood. Un clásico de la ficción especulativa que por fin se traduce al español, cuarenta años después de su publicación.

Una mujer chicana, Connie Ramos, ha sido encarcelada injustamente en una institución mental de Nueva York. Las autoridades la consideran un peligro para sí misma y para los demás, e incluso su familia ha dejado de apoyarla. Pero Connie tiene un secreto, una forma de escapar de los confines de su celda: ella puede ver el futuro. Esta novela es una transformadora visión de dos futuros... y de cómo uno u otro pueden llegar a hacerse realidad. Por un lado, un tiempo de equidad racial y sexual, de dignidad medioambiental, un tiempo en el que es posible alcanzar una realización personal sin precedentes, donde todo el mundo participa por sorteo en el gobierno y la educación es comunitaria. Por otro, Connie también es testigo de otra posibilidad con un resultado muy distinto: una sociedad de explotación grotesca en la que las fronteras entre personas y mercancías han quedado definitivamente borradas. Tan desgarradora como profética, esta novela de referencia se dirige hoy a una nueva generación para la que estas opciones pesan más que nunca.

«Un libro ingeniosísimo: lo que cuenta, ¿es verdad, es delirio? Locura, dolor (sobre todo femenino) y esperanza en esta historia futurista y fascinante».

—**Rosa Montero**

«La novela de Piercy representa un maravilloso ejemplo de la importancia de la genealogía para conjurar feminismo; un artefacto explosivo que permite comprender el pasado y proyectar hacia el futuro». —**Elisa McCausland**

IMAGEN DE CUBIERTA

Carla Berrocal



9 788416 205547

consonni

Producimos y editamos cultura crítica
www.consonni.org